

Efraín Aponte

La ruta *de los centauros*





La ruta de los centauros

1.ª edición, Fundación Editorial El perro y la rana, 2024

© Efraín Aponte

© Fundación Editorial El perro y la rana, 2023

Edición y corrección

Alejandro Moreno

Diagramación

Arturo Mariño

Diseño de portada

Roberto Chávez

Imagen de portada

Tres jinetes cabalgando en las llanuras de Venezuela, Camille Pissarro

Hecho el Depósito de Ley:

ISBN:78-980-14-5487-8

Depósito legal: DC2024000118

Efraín Aponte

La ruta de los centauros

Historia de Pablo Ponte:
un prócer civil y militar
Un cantar de gesta

*“Hay que mirar el pasado sin ira
y estudiar la historia
sin apasionamiento”*

LUIS RIBOT

*“El documento antiguo que aquí hemos rescatado contiene
declaraciones valederas que señalan a Pablo Ponte como a
un líder ‘que alarmó a todos los vecinos de esta jurisdicción’,
como a un precursor ‘que se mantuvo en armas hasta
que llegó el ejército republicano a Guas dualito’”*

EDUARDO HERNÁNDEZ GUEVARA,
“Protocolo de Mantecal”

ÍNDICE

Preámbulo	13
El camino de los centauros.	
Vamos rumbeando las consecuencias de la batalla del yagual	15
Introducción	19
Capítulo I	25
Capítulo II	31
Capítulo III	35
Capítulo IV	37
Capítulo V	39
Capítulo VI	45
Capítulo VII	51
Capítulo VIII	55
Capítulo IX	65
Capítulo X	69
Capítulo XI	75
Capítulo XII	79
Capítulo XIII	81
Capítulo XIV	89
Capítulo XV	97
Capítulo XVI	101
Capítulo XVII	105
Capítulo XVIII	109

Capítulo XIX	115
Capítulo XX	123
Capítulo XXI	131
Capítulo XXII	135
Epílogo	139
Apéndice	141

Preámbulo

Estimado lector, este relato, que no sabría cómo calificarlo, porque no se acerca en nada a alguno de los géneros que medio conozco, me he atrevido a definirlo como un “Canto de Gesta”, referido a nuestra gloriosa épica apureña.

La motivación final de este texto es la de servir de base para un guion cinematográfico, por lo que, en alguna de sus páginas, la rigurosidad histórica se ha visto obligada a ceder espacio a la imaginación. Tampoco encontrará aquí el lector unas ideas de gran vuelo intelectual, de las que carezco totalmente, por lo que te recomiendo leer previamente:

“La llaneridad venezolana en el siglo XXI. Entre etnocidios y etnogénesis”. Ponencia leída en el X Simposio Internacional de Historia de los Llanos Colombo-venezolanos Y I Encuentro Nacional de la Cultura Llanera. José León Tapia.

“Una Visión del Llano Total” 10 al 13 de julio del 2008, de Adolfo Rodríguez: historiador, poeta y docente guariqueño.

El camino de los centauros. Vamos rumbeando las consecuencias de la batalla del Yagual

Tenemos un compromiso. Un compromiso inmenso con un amigo. Y ese compromiso es escribir un prólogo. Lo grave es que vamos casi a ciegas, rumbeando el pensamiento y las letras de Don Efraín Aponte Pérez. Conocemos un poco su genealogía araucana altoapureña, llena de episodios sorprendentes, llenos de historia. De tiempos de la Independencia. De tiempos de centauros. Pero sus trazos recuperan nombres de próceres civiles y militares. No es solo el piafar de caballos en los combates. Y guiado de las magistrales manos de José león Tapia y Adolfo Rodríguez remonta la cuesta de la narración, ¿real o fabulada? Probablemente las dos cosas. La vida es sueño.

Habla Don Efraín de su rico ancestro propietario de miles de reses vacunas que aportará para la logística del Ejército Libertador de los Llanos, conducido por el general José Antonio Páez, llamado por Antonomasia “El Centauro”. Nuestro amigo alude a Don Pablo Aponte, dueño de vacadas en Mantecal y El Cedral. Él, Efraín, se hace partidario del poeta Eduardo Hernández Guevara, quien en su Protocolo de Mantecal dice que el nombre correcto del prohombre ganadero era Pablo Ponte, contradiciendo a Páez en su Autobiografía y otros textos. Bien, pero lo importante no es solo el nombre, que lo liga con la aristocracia barinesa, sino también los aportes en bastimentos y caballos. Muchos de los novillos llevados a la Campaña de Carabobo salieron de las dehesas aponteras, aun cuando la Patria

no ha cumplido su promesa de resarcir esos valiosos aportes a la causa de la Revolución.

También alude Don Efraín, ubicándolo entre sus ilustres ancestros, al general José Cornelio Muñoz y se lo creemos. Uno de los hijos de nuestro amigo fue bautizado con ese nombre: José Cornelio Aponte, rememorando al distante e inmortal abuelo. Nuestro escritor se va igualmente por la senda aborígen y trae al tapete de la historia a un jefe paladín otomaco, Tabacare, soberbio caudillo indígena del siglo XVII. Pero lo hace para rendirle honores a su estirpe guerrera.

Vuelve su remembranza a centrarse en los tiempos de la guerra emancipadora de comienzos del siglo XIX: la Toma de Guasualito, la República del Llano, las batallas del Yagual, Mucuritas, Queseras del Medio, la Campaña de Liberación de la Nueva Granada, la Campaña de Carabobo, la Toma de Puerto Cabello, con que finaliza la contienda libertaria en Venezuela. Pero se regodea también aludiendo a José María Pulido y Pumar, a José Andrés Elorza, a Santiago Mujica y sus cuatro hermanos. Alusión muy especial a Don Mariano Aponte de Ponte. Habla igualmente de las “troperas”. El general Valentín Pérez, nativo de nuestras sabanas e integrante del selecto cuerpo de “Los Dorados” del charro Pancho Villa, en sus relatos de campamento las mencionaba como “las Juanas” y “las Adelitas”; Valentín Pérez, emparentado con “Maisanta”, murió el 16 de septiembre de 1913 tratando de tomar a Guasualito, en su titánica lucha contra el régimen dictatorial gomecista. Los versos que se insertan más adelante van dedicados a Susana, uno de estos olvidados y fabulosos personajes. Sin la participación de las mujeres es imposible hacer y triunfar en la guerra.

Como hoy, domingo 8 de octubre de 2023, se cumplen 207 años de la heroica jornada bélica de los patriotas apureños contra las tropas opresoras del Imperio Español y estamos en la senda de los centauros, tocaremos un poco el tema.

El general José Antonio Páez, estrenando su mando supremo en las tropas libertarias de la Patria, da una formidable lección épica en el hato El Yagual, mi tierra, al coronel Francisco López, gobernador de la Provincia de Barinas y de las tropas expedicionarias de Pablo Morillo. Después de los sucesos de la Trinidad de Orichuna, del 16 de septiembre de ese año 1816, se sometieron a su mando los generales Rafael Urdaneta y Manuel Roergas Serviez, Consejeros de Estado en la famosa “República del Llano”, creada en junio y fenecida en septiembre del mismo año 16, y el coronel Francisco de Paula Santander, comandante hasta poco tiempo antes del ejército llanero y sustituido por El Centauro Páez.

Todos, y todas, piensan en los avatares de la guerra y sus consecuencias colectivas, pero también hubo consecuencias trágicas para ciertas individualidades. Una de ellas, el asesinato, cerca de Achaguas (“El Chorro”) para robarlo, del general Manuel Roergas Serviez. Este general francés había venido a América con el generalísimo Francisco de Miranda, a luchar por la Independencia de este continente. En Nueva Granada había contraído matrimonio con una prima del futuro general José María Córdova, héroe de la batalla de Bomboná. Ese asesinato quedó impune, pero las sospechas siempre estuvieron referidas a la gente del general Páez; también el asesinato del Coronel Manuel Valdés. Nadie los recuerda, aunque sus desvelos estuvieron al servicio de la patria irredenta, y a pesar de que ellos fueron paladines de la libertad de nuestro suelo.

El otro caso, más humilde, pero no menos triste y lamentable, fue el de una moza llanera que perdió en la batalla al compañero de sus desvelos amorosos. Quedó sola y triste la tropera, la Juana, la Adelita, a la buena voluntad de Dios.

El maravilloso fabulador Rafael Bolívar Coronado, en una de tantas travesuras literarias disfrazadas, recoge unos versos que trasunta tristeza y lágrimas en el camino de los centauros. Aquí el Canto a Susana:

Mataron a Juan Herrera
en la pelea del Yagual,
arrequintando su lanza
contra el ejército real.

Con un lanzazo en el pecho
lo hallaron en la sabana,
Y por eso allá en el Paso
lloraba tanto Susana.

Mirando yo la muchacha
en aquel dolor tan fiero,
¿quiba a hacer?, ¿aconsejala
que olvidara al sabanero!

Ella agachó la cabeza
a lo que le aconsejé...
y cuando hube terminado
me dio la espalda y se jué.

Quien la vido en el camino
me dijo quiba muy pálida,
y creo que los negros ojos
llevaba moríos en lágrimas.

Desde entonces en mi desgracia
para siempre llevo yo
¡La fosa de Juan Herrera
abierta en el corazón!

Así cumplimos contigo, apreciado hermano Efraín.

ARGENIS MÉNDEZ ECHENIQUE
Cronista de San Fernando de Apure
Academia Nacional de la Historia
Premio Nacional de Historia 2018

INTRODUCCIÓN

EL SUEÑO DE UNA PATRIA

“Parpadeaban los últimos días del siglo XVIII y ven caer en Caracas la cabeza de José María España, por mandato del capitán general Don Manuel de Guevara Vasconcelos, como reo de alta traición.”

“España corta la cabeza de España’. Los primeros mártires de la idea emancipadora, están iniciando la larga lista de vidas devoradas por la revolución de Hispanoamérica. Los descendientes de los encomenderos, se han rebelado contra el Imperio de los Reyes Católicos”

Casto Fulgencio López Mujica, “Pajaritas de Papel” (Cuentos y Crónicas) Caracas 1932.

Solo imaginar el logro de la independencia de un país colonizado por un Imperio todo poderoso, ya es una tarea, tan compleja, que es difícil hasta de concebir.

Fenómeno si se quiere único, signado por la naturaleza particular de cada país con sus propias circunstancias. Un proceso complejísimo que los historiadores, no entendemos por qué, parecen limitar a las proezas de un solo héroe y las batallas que le tocó librar y dirigir...

¡*Crassus errare!*

Es verdad que se trata de una Utopía, cuya consecución, al final, será “un sueño convertido en realidad”, para lo que se requerirá la fe y la constancia de un guía principal; de un ser especial, soñador, que desde un principio se empeñó en conseguirlo; para lo que

tendrá que empezar por convencer a las personas normales que lo rodean, de que puede hacerse realidad lo que es, más que evidente, imposible de lograr.

Solo tratemos con un ejercicio mental, ya difícil de por sí, el trasladarnos a la Caracas de principios del siglo XIX, capital de la provincia homónima, que junto con cinco provincias más: la de Maracaibo, Nueva Andalucía, Guayana, Margarita y Trinidad, —esta última reconocida como inglesa, definitivamente, por el Tratado de Amiens, en 1802— cada una, con pretensiones de autonomía propia, conformaban una unidad política llamada Venezuela con un estatus, de categoría segundona, de Capitanía General. Formada por una sociedad multiforme, sin identificación propia; estratificada en grupos muy disímiles. De los cuales el menos numeroso plantea, desde el primer momento, su propia gesta libertaria, a la que deberán sumarse las demás provincias; en especial Margarita y Cumaná en las que, por coincidencia y en paralelo, se venía gestando el mismo sentimiento.

Movimiento que, una vez lograda formalmente la creación de la tan anhelada República, degenera en una guerra civil, caracterizada por la pluralidad e indefinición de sus bandos. Por lo que cayó la nación en un verdadero caos social.

Independencia perseguida por cada grupo, según su criterio y conveniencia particular.

Primero, los que ostentan el poder político, para preservar los “derechos” de la Metrópolis que es invadida por una potencia extranjera.

Segundo, que otro de los grupos: los criollos, que ostenta el poder económico, prefiere la independencia total de cualquier poder extranjero.

Tercero, que, ante estas pretensiones, las clases oprimidas no aceptan ser gobernadas por estos locales, que en su opinión son peores que los mismos colonizadores.

Cuarto, que habiendo ganado éstos la guerra civil, se dan cuenta que son traicionados por sus dirigentes, quienes después de haberlos utilizados, terminan aliados con el colonizador que envía a sus ejércitos regulares a pacificar el país y establecer de nuevo el imperio de sus leyes oprobiosas.

Quinto, que, entre todos estos, hubo verdaderos patriotas que desde un principio soñaban con un país realmente independiente, soberano, totalmente libre, y sin tutelaje de ninguna especie. Quienes, una vez perdida la República continuarán su lucha, cada uno desde la posición que desde el principio habían tomado. Como las provincias de Oriente que tuvieron sentido de Patria, desde el primer momento. Al igual que los derrotados en Urica quienes, los que no se asilaron en las Antillas, fueron a refugiarse en Casanare, en la Nueva Granada, mientras pudieran continuar la lucha.

Sexto, que esa Venezuela, quedó atomizada, y que su Guía Principal, después de su regreso del exilio, tendrá la titánica tarea de aglutinar a los que desde el primer momento habían sido motivados por los verdaderos sentimientos de libertad e igualdad; y a los que no... Motivados, ahora, por una pretendida nacionalidad común.

Tanto así, que el año de 1816, encontrará a los refugiados en los llanos de la Nueva Granada agrupados en guerrillas bajo su propio mando, sin aquellos que en el pasado fungieran de jefes y que ahora se encontraban en el exilio.

Aunque algunos de aquellos, muy pocos, se habían quedado; como fue el caso del general Rafael Urdaneta, que, junto con algunos altos oficiales de la Nueva Granada, convergieron, aunque por caminos diferentes, en las llanuras del Casanare.

Hasta donde los perseguirá Morillo, “El Pacificador de Tierra Firme”. Para reconquistar la Provincia de Venezuela, y regresar a las crueles manos del Imperio Español.

Resultando todo el país, aparentemente, reconquistado. Siendo Apure la excepción. ¡No fue ocupado por los españoles! como se quiso hacer creer. ¡No pudieron hacerlo!

Porque Apure fue un caso emblemático en este particular. Paralelamente con Caracas, desde el primer momento, abrigaba aquellos sentimientos de una verdadera independencia; no solamente de la corona española, sino de todo poder que no fuera originado desde todos los venezolanos por igual. Aunque para algunos les resulte prematuro el gentilicio como tal. Aquellos que anhelaban una verdadera patria dirigida y gobernada por los mismos héroes que la iban a libertar. Como hombres libres sin el dominio de las antiguas oligarquías que surgieron a la sombra de los colonizadores, motivados, solamente, por preservar sus privilegios e intereses.

Ya habían sufrido bastante el yugo suficiente para despertar en ellos una verdadera conciencia de cómo concebir una genuina libertad. Decididos a lograrla con su valor y con sus armas en los campos de batalla.

Por lo menos fue así en la que en el futuro se llamaría la Provincia Orinoco: la de don Manuel Antonio Pulido y la de don Pablo Ponte de Ponte: convertido ahora, este último, por la Constitución de 1811, que ellos mismos habían ayudado a imponer, en el simple Ciudadano Pablo Ponte, a secas.

Dos individualidades que, con quienes los siguieron, hicieron esos sueños convertirse en realidad.

Desaparecido don Manuel Antonio, prematuramente; Pablo Ponte, al igual que Bolívar quien logró junto con su pueblo la emancipación de medio mundo, haría posible, junto con miles, la libertad plena de Apure y su inconmensurable trascendencia.

Coincidiendo hasta el final con el Libertador quien, después de haberlo dado todo agoniza al mismo tiempo, vilipendiado y expatriado, con una camisa prestada, en Santa Marta...Mientras que él

mendiga un pan en las calles de Achaguas, esperando una justicia de la patria agradecida, que nunca llegó.

CAPÍTULO I

EL CATIRE...

En abril de 1808, un grupo de exploradores que viene del norte, se ve obligado a atravesar el río Arauca por el lugar más peligroso. Estos exploradores vienen sacándole el cuerpo a los campos volantes de los hatos que son regidos por los sacerdotes jesuitas. Los campos volantes son esos hombres que cuidan los linderos de los hatos. Se les ve por doquier. En ese momento alguien comenta:

—vamos a ver si pasamos por ahí por donde los Marrero, que queda justo antes de llegar a los raudales.

En ese momento un vaquero, que va a la cabeza del grupo y que hace malabares con el lazo, contesta:

—Por ahí es peor. Ahí están esos condenaos peones ignacianos, y además está la indiera de Mata e' Caña. Esos carrizos andan escondíos en las matas y no andan con vainas, porque son caribes. Al que agarren, lo empalan y se lo comen asao.

Pero un jinete de cabello amarillo; y la piel colorada por el sol, riposta:

— ¡Eso es un embuste! Ese cuento lo inventaron los mismos indios para que los españoles no se les metieran hasta aquí, por el Orinoco

Pero otro de los hombres, con aspecto faramallero y parlanchín, llamado Rosendo Rosales, le contesta al jinete rubio:

— ¿Embuste? Yo te aviso, mi abuela decía...

Y en ese momento el jinete rubio interrumpe a Rosendo Rosales y dice:

—Silencio, que ahí viene el Negro Manuelote. Mira que a ese hombre no le gusta ni que uno hable.

El jinete rubio, piensa para sus adentros:

Negro maluco y desgraciao. ¡Algún día me las paga! Cuando se refiere a mí por detrás me llama “rana blanca”. Estos negros de mierda cuando les dan autoridad son peores que los blancos. A los pobres esclavos les tiene la espalda rayaíta, a fuerza e latigazos. Conmigo no se mete porque soy blanco y no soy esclavo. Pero me tiene ojeriza, el condenaio, yo sé que sí. Me tiene la oreja blanca. no me deja descansar ni un minuto: “pásame esto”, “hágame esto otro”. Ese negro grandotote, es capaz de esnucá una novilla con las manos... No se hace llamar don, entre los pendejos, porque se lo prohíbe la ley; pero se hace llamar: “Mi Capataz”, como si fuera un grado militar. Yo le digo “Manuelote” y se le enciende la cara de la arrechera. Si llega a saber que ando escondiéndome porque maté a un hombre, me denuncia. Nunca me ha llamado por mi nombre, sino Catire, en forma despectiva.

Manuelote había sido el último en atravesar el río; y chorreando agua por todas partes, se aproxima al grupo y dice con voz profunda:

—Catire ¿Pasa algo? Veo caras de como que la gente estuviera refunfuñando. ¿No será que usted les está metiendo cizaña?

—No me ofenda, capataz, primero, yo soy un hombre serio, que sé ocupar mi puesto; y segundo, yo no tengo nada que comentar porque no hay río embravecido que yo no pueda cruzar. ¡Cúidese usted, y no vaya ser que yo tenga que salvarle la vida en una de estas travesías! Mire que aquí hay caimanes que miden casi diez metros.

Manuelote, con una risa burlona de bravucón, ordena:

—Bueno, ¡vámonos!, que se nos hace tarde.

Aquel grupo de hombres más que un puñado de jinetes, es un ejército que se interna en el Cajón de Arauca.

Desde que atravesaron el Apure, rumbo al sur, el número de aves de todos los colores y tamaños es descomunal. Este espectáculo se repetirá más allá del Arauca. Lo que hace exclamar al catire:

¡Carajo, si las plumas se vendieran...!

Son tantas las aves, que algunos de los jinetes son salpicados por las pequeñas chispitas de la “buena suerte”, desde el cielo.

Las bandadas de patos nublan el cielo.

De repente el catire siente como si le hubieran echado un balde de mazamorra sobre la cabeza.

¡Coño e’ la madre, me cagaron esos bichos!

Al mismo tiempo hace una cabriola con las riendas, soltándose, acompañadas con un movimiento raro con la piernas; y devolviéndole en U, el caballo se desboca a todo galope tomando la dirección por donde venían. Al llegar al río se detiene en seco y el jinete sale disparado, cayendo al río.

Agua abajo, después de restregarse los ojos, en señal de que ya estaban limpios, sale a la orilla. El caballo que lo había seguido mientras lo arrastraba la corriente lo observaba a distancia. El catire lo llama con un chiflido, que se oye más allá de los jinetes. No habían pasado veinte minutos cuando ya se había reintegrado al grupo nuevamente.

Ante el asombro de todos los presentes, el catire comenta:

-¡Coño, esa mierda si pica en los ojos! Era tanta, y estaba tan caliente que me quemó la espalda.

-Me debe haber cagado un pato macho...

Rosendo que no encontraba cómo disimular la risa, comenta en su peculiar estilo:

-No señor, “yo conozco el pájaro en el sumbío, y el pato macho en la cagada”. A usted cámara lo cagó un gabán goliyú, que además debe haber estado ajíto.

¡La risotada sonó a coro!

El catire, más colorao que nunca, solo lo miró de soslayo. Como diciendo: “te espero en la bajaita”

Un anciano medio asombrado, que cabalgaba con ellos de baqueano, mirando al catire lo increpa:

Mire catire, usted no se imagina las cientos de veces que yo he atravesao estas sabanas y nunca había visto una cosa como esa que usted hizo con ese caballo para que se devolviera como una flecha desbocao

Don Toribio, ese es un secreto muy bien guardado que me lo enseñó un indio amigo mío, que no lo puedo revelar. Lo que sí le puedo decir es que no falla ante una necesidad extrema.

En ese momento lo interrumpe la voz del capataz:

—A lo que vinimos: agarren solamente el ganado cimarrón, el ganado orejano, las reses que no tengan ninguna marca...

El catire es un peón del hato la Calzada, del noble barinés Manuel Antonio Pulido. El hato de Pulido está situado al sur de la provincia de Barinas. Barinas era una de las provincias más importantes de la Capitanía General de Venezuela y, al igual Caracas, se alzó en armas contra el gobierno español a comienzos del siglo XIX, cuando a España la invadió Napoleón y destronó al rey Fernando VII.

Don Manuel Antonio Pulido, principal promotor del movimiento, conformará un regimiento de caballería, dirigido por él mismo para combatir a los españoles, una vez que la provincia decidió ser libre e independiente.

El Catire se incorporaría a estas fuerzas en 1810 y dos años después, con el grado de capitán, tomaría Barinas que había sido abandonada por los españoles, ante el avance de Simón Bolívar que invadía a Venezuela, desde la Nueva Granada, en la Campaña Admirable. Este catire estará bajo las órdenes de Pulido hasta finales del año 1813, cuando huye de Venezuela y se instala en el Casanare;

donde, junto con otros exiliados, termina formando parte de una guerrilla asentada en las haciendas que un día fueron de los jesuitas.

CAPÍTULO II

DON PABLO PONTE DE PONTE.

El Catire, de regreso, viene a cargo de la vanguardia del “ejército de Manuelote”; y una vez, que ha alcanzado la orilla opuesta del Arauca, va contando el ganado que va saliendo, de las mangas, en los potreros Marrereños: Un fundo ribereño, de la margen izquierda del Arauca, que colinda con el latifundio “Barretero” de los Ponte.

Después de cuatro horas, prosiguiendo el camino, se consigue una cerca con un gran portón de guaduas entrelazadas: Es el primer círculo de seguridad, de los diez, del hato más grande de la comarca.

El pelotón que se encuentra en el portón, “armado hasta los dientes”, se dispone a contar el ganado, que según Manuelote, “de las quinientas que se recogieron, deben quedar una trescientas cincuenta. Entre las que murieron, o escaparon en el camino, y las que se pagaron, en especies, por el uso de las instalaciones marrereñas”.

El comandante del pelotón, guardián del portón, dice con un tono imponente:

—Pues aquí tenemos que contarlas bien. Para compararlas con las que lleguen a Barinas, después que atraviesen el Apure, por el paso San Vicente. Que va ser la cuenta que nos va a pagar Don Pulido, una vez recibido el ganado en la Calzada.

Después de un minucioso conteo, la cuenta dio: cuatrocientas cuarenta y ocho cabezas. Dice el catire:

— ¡A negro bien bellaco! Si no las hubiéramos contado, se hubieran cogido casi cien reses, sin haber pagado la remonta. Métanselas en el potrero, hasta mañana, para que descansen y tomen agua. Después cojan ese camino, lleguen hasta el tercer portón, ahí cruzan a la derecha, hacia el fundo La Marantica, donde les darán posada y comida.

El catire, que fungía de caporal, se adelanta, y sin tomar en cuenta la presencia de Manuelote, le dice al portero:

—Pido permiso para hablar con el dueño del ható, personalmente.

El portero sorprendido le pregunta, estupefacto:

— ¿Con Don Pablo Ponte?!

El catire, sin bajarse del caballo, responde:

—Traigo un recado muy importante para él.

El portero que no puede creer lo que escucha, insiste:

—Yo tengo casi dos años que no lo veo; y nadie que yo sepa puede llegar hasta su casa, a menos que lo estén esperando aquí, en este tranquero, dos hombres para acompañarlo. A excepción del Cacique Tavacare que tiene sus falsos particulares para llegarle en secreto.

— ¿Pero, se puede saber cuál es el nombre del que manda el recado?

Y en ese momento le respondió el catire:

—No, no se lo puedo decir. Pero dígame que aquí lo busca José Antonio Páez, y que ando “Ida por Vuelta”.

Era la primera vez que aquel osado catire se identificaba con su verdadero nombre. Hasta ese momento el resto de la peonada había permanecido en el más respetuoso silencio. Empezando un cuchicheo en donde sobresalía Rosendo, como de costumbre. Y quien exclamó:

—Ese catire, como todo blanco, es abusivo. Dice que yo soy embustero, pero él echa unos cuentos que no se los cree nadie. Dígame eso, y qué donde él nació salen unas mujeres que son mitad animal y mitad humano, que las llaman las santeras.

En ese momento el jinete que está adelante, voltea y exclama:

— ¡Coño Rosendo, tu, que te lo pasas echando cuentos, oye bien las vainas para que no andes metiendo la pata!

El catire lo que cuenta, es que esas mujeres, jineteaban unas dantas, enjorquetadas al pescuezo, en chuco, haciendo desaparecer su cabeza entre las piernas, por lo pequeñas que las tienen. Haciéndolas lucir desde lejos como unos animales que los españoles llaman “centauros”, y no santeras; y eso, es cierto.

— Ah, ¿Y lo del tigre mariposa también es verdad?

—Si, ese catire es “cuatriboliao”.

Tres largas horas pasaron, mientras vinieron dos hombres para escoltar al catire, hasta el despacho de Don Pablo. El catire entra a un gran salón, y al lado izquierdo de un escritorio se encuentra parado un hombre de unos treinta y cinco años, como de un metro ochenta de alto, más blanco que él. Con un sombrero de ala ancha y con una carabina, en la mano izquierda, cuya culata apoya sobre la mesa; mientras que su mano derecha manosea la cache de una pistola que se le ve en una cartuchera sujeta al cinturón. Sin quitarle la vista de los ojos, le pregunta:

—Dígame señor Páez, ¿José Antonio? Quién le dio esa contraseña “Ida por Vuelta”.

El catire, respondiendo con soltura, ante aquel hombre intimidante y creyéndose, por primera vez, menos que nadie, le contesta con voz firme:

—Don Manuel Antonio Pulido.

Don Pablo hace un gesto, mandando a todos los que lo rodean a desalojar la sala; y dirigiéndose a Páez, le pregunta:

—Dígame que desea Don Manuel.

Y respondió el catire de inmediato:

—Que por favor le vaya preparando, en los próximos dos años, quinientos caballos rucios, entre los tres y cuatro años, en el más estricto secreto.

A lo cual Pablo Ponte respondió:

—Muy bien, dígle que cuente con ellos; y que yo se los hago llegar al paso de San Vicente para las Salidas de Aguas...

CAPÍTULO III

JOSÉ CORNELIO MUÑOZ

Es septiembre de 1809 Un rodeo se está llevando a cabo en el hato Barretero. Don Pablo ha pasado todo el día marcando el ganado en las orejas y herrando becerros sin cesar. Está exhausto y decide sentarse en un taburete de cuero a tomar un descanso. Don Pablo está sendiento y pide un poco de agua. Una muchacha que hace trabajos domésticos en la casa se le acerca con una jarra de limonada de “greyfrua”, que le tenían enfriando en una pimpina que estaba sumergida en un balde con arena puesto en una sombra. En ese momento uno de los trabajadores del Hato se le acerca y le comenta:

—Tremenda cosecha, patrón; y ahora es que falta.

Don Pablo tiene la mirada fija en el botalón donde un muchacho, incansable, amarra otro becerro más.

— ¿Quién es ese muchacho que no se me despegó todo el día, como si hubiera estado compitiendo conmigo?

—Es un muchacho de Achaguas. Se llama José Cornelio Muñoz y va de paso. Me pidió trabajo esta temporada. Es un carajito, tiene quince años. Y le digo una cosa, Patrón, ese muchacho como que tiene ideas revolucionarias.

—Bueno, pero la verdad es que no tiene pinta de peón. Me suena su apellido. Convéncelo para que se quede con nosotros, porque

cada día vamos a necesitar más gente como él. Dile que nosotros también somos revolucionarios.

El encargado se engrincha, y Don Pablo se da cuenta.

—Todavía no somos, pero vamos a ser. En mi viaje pa Caracas me di cuenta que esta colonia es otra y que viene un período de cambios que le exigirá muchas luchas. Yo he estado preparando un cuerpo de seguridad para proteger el hato con la esperanza de transformarlo en un ejército con ese propósito, y algo más; cosa que, a ti, hasta hoy no te tocaba saberlo, pero llegó la hora.

—En hora buena Don Pablo; y conmigo cuente hasta la muerte.

Aquel muchacho se quedaría en esa zona unos tres años más, y se haría presente en los hatos en los trabajos de llano, hasta terminar enrolándose en el pequeño ejército de Don Pablo donde adquirió gran destreza en el cuerpo de caballería. Allí se ganaría el respeto y el aprecio de todos. Le tocaría enfrentar a los realistas que frecuentemente incursionaban en aquella zona, con el fin de robarse el ganado para la manutención de su ejército. En 1813 José Cornelio, desapareció definitivamente, y no se le vio más por esos lados. Según se comentaba, “fue a alistarse en el ejército del general Bolívar”.

CAPÍTULO IV

LA TOMA DE GUASDUALITO.

Olmedillas era teniente coronel del ejército patriota. Había prestado servicio bajo el mando de don Manuel Antonio Pulido y era su hombre de confianza. El teniente coronel Olmedillas había adquirido la fama, durante la Campaña Admirable, de ser un hombre muy cruel. Se decía que se había amparado en el decreto de guerra a muerte promulgado por Bolívar, para cometer toda clase de atrocidades. Y como él era el oficial de más alta graduación se había hecho cargo de comandar a los grupos guerrilleros venezolanos que habían tenido que refugiarse en Casanare.

Según la versión española del asalto de Olmedillas a Guasdualito, este había conseguido un pequeño contingente que cuidaba el hospital y al cual derrotó de inmediato. Acto seguido, Olmedillas ordenó que se decapitaran a todos los enfermos. Luego de esto se trasladó a Pore con sus trofeos. Nada más y nada menos que un montón de cabezas en las puntas de las lanzas.

Esta versión, luego sería desmentida por los patriotas. Lo que sí es cierto, es que Páez se negó a seguir a Olmedillas, y no volvió jamás a Casanare, ni quiso estar bajo su mando. Sin embargo, esta abominable versión sería usada por el mando realista como una especie de “Noticia Falsa” que pretendía humillar al Libertador,

por aquello de “españoles y canarios...”. Las represalias de los españoles serían terribles. El propio general Morillo estaba empecinado en la “pacificación” del inconquistable Apure.

CAPÍTULO V

EL CACIQUE TAVACARE

“Era de cuerpo agigantado, delgado de cintura, de grandes muslos, piernas y pies formados a la perfección, lindo rostro, nariz bien labrada, primoroso encaje de rostro con la boca pequeña y ojos negros y grandes, la frente ancha con el cabello tan largo que bajaba de la cintura, protegida por un primoroso maure tejido con hilos de varios colores y matices.”

Cacique de los llanos y márgenes del Apure, descendiente de los Paranoa con un contingente indígena bien a su favor y también protector de otras huestes.

Fue amigo del capitán Miguel de Ochagavía (1647), descubridor y navegante del Apure.

Fuente:

María Electa Torres Perdomo

*Aborígenes Olvidados de la Historia
de Venezuela*, 2007. (Sic)

—De Mantecal pa’ acá. ¡No pasa nadie sin que salga trasquilao!

Dice el descendiente directo del Cacique Tavacare llamado igual que todos sus ancestros, mientras saborea, en compañía de Don

Pablo, un succulento picadillo de carne seca, en el comedor de la casona del hatu Barretero.

Los Caribes, desde tiempos inmemoriales, como se sabe, ejercían el dominio en toda la cuenca del Orinoco y a Tavacare, le correspondía, como Cacique, toda el área, desde los nacientes del Sarare y el Uribante, por el Oeste; mientras que por el Norte y por el Sur lo que se conocía en la cuenca, como las tierras altas de Apure y Barinas.

A través del tiempo, sus descendientes se harían famosos por ayudar a los esclavos negros que huían de los llanos caraqueños: ocultándolos en sus tierras y ayudándolos a establecerse allí en Apure. Muchos de estos cimarrones se convertían en pequeños criadores y conuqueros, y se dispersaban en comunidades sedentarias, entre ríos y caños.

Así que la amistad entre la tribu de los Paranoa y la familia Ponte, podría decirse que venía desde hacía varias generaciones. Una relación estrecha que heredaría Don Pablo de parte de su padre Don Mariano de Ponte y Ponte.

Sobrevenida una situación convulsa con la llegada del siglo XIX, a don Pablo y al cacique de turno de los Paranoa, les tocará enfrentar juntos, con un ejército común, las incursiones de los realistas que cada día se hacían más comunes y numerosas. Derrotándolos en batallas que dirigía Don Pablo con el grado de capitán de caballería, con un pequeño ejército que fue creciendo paulatinamente con la peonada de los hatos de los llanos de Caracas, de Barinas, y de otras partes del Apure.

Este ejército, bajo el mando directo de Tavacare, se mantenía en eterno desplazamiento entre Totumito y San Vicente, por la costa del río Apure. Más ahora, ante el ir y venir de los españoles entre la desembocadura del río Paguey y Periquera.

Hasta que un día, un pelotón de reconocimiento se entera de que los españoles, por los alrededores de Palmarito, han presentado batalla a un ejército patriota venido de la Nueva Granada del cual

los españoles, en franca derrota, huyen en desbandada. Los indios intervienen cortándoles la retirada mientras dan parte de la novedad al cacique Tavacare, quien no se encontraba muy lejos del lugar; y que al llegar al sitio del encuentro se entera que los españoles han sido derrotados y hechos prisioneros por los patriotas. Se acerca un soldado para agradecer la oportuna intervención; quien, con el propósito de identificarse se presenta:

—soy José Cornelio Muñoz, y les doy las gracias en nombre de mi Comandante el capitán de caballería José Antonio Páez, a cargo del ejército acantonado en Guasdalito.

A lo que contesta el indio:

—¡Gracias de qué, sino hicimos nada! Nos hubiera gustado llegar antes. Aunque si alcanzamos a cerrarles la huida por este lado. Aunque ellos eran más, el ataque de ustedes fue feroz y contundente. ¡Lo felicito!

Cuando exclama alborozado, bajándose del caballo:

—¡Muñoz, muchacho! Que cambiado estás. ¡Soy Tavacare, el que te enseñó a enlazar parado sobre la silla del caballo!

El soldado de Caballería Muñoz, pie en tierra, con los brazos abiertos, le dice al indio:

—Ya te iba abrazar primero, pero te me adelantaste.

El indio, visiblemente emocionado, sin poderlo creer, todavía:

— ¿Cómo es eso que tomaron a Guasdalito, y que ahora se encuentra bajo el mando de un general granadino?

Y contesta José Cornelio Muñoz, remolineando su fusta:

— ¡Es cierto! Pero bajo el mando del capitán de caballería José Antonio Páez: Su amigo. Él fue el que dirigió esta operación. Ese no tarda en aparecerse por ahí en medio del poco e polvo.

Muñoz vuelve a montar su caballo con la prisa relativa del caso.

Tavacare, más circunspecto, y en actitud de sumisión, con una venia, y en posición de firme, le dice:

—Demás está decirle que, junto con mis muchachos, estoy a su orden en mi ranchería de la costa de Caicara. ¡Usted conoce el camino!

Lo más seguro que Muñoz no lo alcanzó oír, pero el indio de un salto ya se encontraba con las riendas de su caballo en la mano, ordenándole a su pelotón:

—¡Vamonós!

El indio cogió el camino a la Laguna Hermosa, cuando a la media hora de haber salido divisa a su izquierda una caballería española, por la costa del río, con rumbo hacia Palmarito. Chocándole al barranco de una cañada seca, seguido por el grupo. Fuera de la vista del enemigo y retomado el rumbo, sobre el río aparecen tres grandes bongos repletos de la infantería. Rápidamente se introducen en una mata fuera de la vista del catalejo, que seguro debe llevar el vigía de la embarcación. Tavacare, piensa en voz alta:

—¡Esto es más serio de lo que pensé! Directo pa' Barretero

Después de tres horas y luego de haber bordeado a Laguna Hermosa, los increíbles jinetes de Tavacare cogen el “Camino de los indios” dentro del hato que es de uso exclusivo del cacique. A una legua del tercer círculo de seguridad se encuentra don Pablo observando la descarga de un cargamento de melaza y sal, que “por precaución” era el triple de la cantidad que se necesitaba.

—Don Pablo, ahí viene el indio... Pero no viene solo, porque el polvero que trae, es muy grande.

—Fíjense si atrás lo sigue otra polvareda, por si lo vienen persiguiendo

—No don Pablo, se ve una sola, pero viene bien acompañado.

—Bueno, salgan a recibirlo, a ver qué pasa.

Tavacare, sin darle explicaciones al que lo espera, se adelanta solo, a reunirse con Don Pablo:

—Mi capitán. ¡No va a creer lo que le voy a contar!

Media hora después, Don Pablo llama al encargado, el mismo que una vez le jurara fidelidad hasta la muerte, y le dice:

—Se ha dado la situación que tanto hemos esperado, menos mal que estamos lo suficientemente preparados. Tengo que salir mañana para Guasqualito, urgentemente. Avísele a Pedro Camejo que prepare una gente para que me acompañe y que se traiga a Juan Farfán. A Mina que se ponga en “Alerta Máxima” en Mantecal, junto a Francisco Farfán; y a Aramendi que se acantone en la Trinidad de Orichuna, manteniendo despejado al Arauca desde El Viento. Y usted, Tavacare, me cuida la retaguardia y habilite un bongo que me espere en Totumito, por si acaso tengo que llegarle a Guasqualito, por Periquera.

—¡Como usted ordene, mi capitán! Aunque ahí, hay siempre dos bongos listos: los de cargar las guafillas.

Don Pablo era el dueño de la situación, en un amplio territorio del cual era el legítimo dueño. Eran tres hatos que ocupaban más de veinte mil hectáreas. Protegidos por una barrera natural al sur del río Apure que los hacían impenetrable el mayor tiempo del año: dos grandes lagunas, Laguna Brava en el occidente, colindando con Palmarito; Laguna Hermosa, entre Caicara y Caño Balza; y los esteros de El Frío que en invierno se convertía en un lago.

Muerto don Manuel Antonio Pulido, Pablo Ponte quedaría como única referencia de la resistencia al sur de la Provincia.

¡Desde Barinas, pa' allá!

Convirtiéndose su territorio, junto con Casanare, en el refugio de los que escapaban de la Pacificación.

Aquellas tierras era un santuario donde el capitán Pablo Ponte consolidaría su poderoso ejército; acompañado de los más brillantes soldados, quienes tenían un arraigado sentido de Patria, con una sola nacionalidad: la venezolana.

Pedro Camejo, quien había sido el lugarteniente de Yáñez, terror de Barinas, era el encargado, propiamente dicho, del resguardo de

los anillos de seguridad del hato. Pedro era adorado por un contingente de Pardos que habían servido bajo el mando del sanguinario Zuazola. Reclutado por Cajigal, peleó bajo su mando en la primera batalla de Carabobo, lo que le permitió familiarizarse con el sagrado campo llegándolo a conocer de palmo a palmo.

Lo mismo pasaría con la mayoría de aquellos que conformaban el Estado Mayor de Boves. Es decir todo lo que eran los Comandantes y los tenientes coroneles del ejército del temible caudillo asturiano pasarían a formar parte la lucha emprendida por Don Pablo Ponte. Esto permitió que la causa independentista, que ahora tenía a Páez, a la cabeza, sumara a sus filas a los hombres más arrojados de ese formidable ejército que un día había combatido junto a Boves a favor de la causa realista. Era el mismo ejército que luego se haría famoso, como el temible ejército de los llaneros apureños.

Esto sería reseñado años después por el poeta Eduardo Hernández Guevara en su libro: *El protocolo de Mantecal: 1825-1828*, del cual su prologuista, José Demóstenes Pérez, expresa:

“Este libro breve, además de divulgar algo que permaneció inédito desde hace más de 157 años tiene la virtud de hacer conocer por vez primera la figura gallarda, noble y desinteresada de Don Pablo Ponte, un guerrero, un centauro que en 1816 tomó las armas en favor de la causa de la libertad en el Cantón de Mantecal y que no solo puso al servicio de la Independencia su vida, sino su fortuna representada en ganado vacuno, caballar y mular de sus hatos ‘Barretero’, ‘Veladero’ y ‘Altagracia’...”

CAPÍTULO VI

“LA REPÚBLICA DEL LLANO”

“El gobernador español de Barinas, coronel Francisco López, se apresuró a reunir fuerzas en el pueblo de Quintero, para atacar con ellas a los patriotas y recuperar a Guasdalito”.

López viene con mi seiscientos hombres de infantería y caballería y dos piezas de artillería. Páez sale a su encuentro y lo espera en el sitio, a las afueras de Guasdalito, conocido como La Mata de la Miel derrotándolo, heroicamente, en una noche de tinieblas, con solo quinientos hombres.

Superado el peligro, temporal, que representaba López, don Pablo llega a Guasdalito en ayuda de sus amigos, a quienes encuentra vencedores, convocando una constituyente que refunde la República que se había perdido en 1814.

Varias jornadas tardaría don Pablo, en llegar a Guasdalito. Donde se encontró con una situación impensada e indescriptible... Peor de como se la había imaginado, según el parte del indio, Páez no contaba con un contingente nutrido de soldados. Sino con un contingente que era un Comando de Guerrillas, que al mando de Olmedilla, había tomado por asalto a Guasdalito; ahora aumentado por uno que acompañaba a Santander, por un lado; y otro, que venía con el general Rafael Urdaneta. Con la presencia de algunos

oficiales de menor graduación y un grupo de personalidades civiles. A simple vista podría decirse: “Con más caciques que indios”.

Ante las desavenencias surgidas que conllevarían al desconocimiento del mando del oficial granadino, dándole el mando supremo del ejército al capitán José Antonio Páez, Don Pablo los invita a la Trinidad de Orichuna, a su territorio, en sus dominios, donde tiene un gran ejército bien estructurado. Allí dispone de los recursos con los que puede servirles de anfitrión.

Es así, que desde Guasualito salen los dos “ejércitos”, como uno solo, preludio del que será el famoso ejército de los “llaneros apureños”, que, posteriormente, le dará la libertad a medio mundo.

Increíblemente Páez libró la Batalla de la Mata de la Miel, con quinientos hombres, —la mayoría paisanos de Guasualito— ya que no podía formar un ejército de la noche a la mañana como el que salió de Orichuna para enfrentar a López en El Yagual.

Tampoco era de esperarse que el ejército con que contaba Don Pablo quisiera ponerse bajo un mando que no fuera bajo las órdenes de Páez. Por eso sucedió lo que sucedió, y resultó que Páez fue elegido como “el Jefe que debía mandar”. Fracasaría así, también, en Orichuna, el intento de creación de la nueva república.

Al llegar a la Trinidad, don Pablo abre un campamento especial para refugiar al “ejército civil” que era mucho más numeroso en comparación con el ejército regular: allí había mujeres, niños y ancianos, que eran auxiliados por el personal del hato, y a los que se les dio cobijo y alimentos.

Sería este el comienzo de una asistencia humanitaria y patriótica que durará toda la campaña independentista. Hasta que se agotó la última cabeza de ganado de sus tres hatos (Barretero, Valedero y Altagracia) don Pablo siguió contribuyendo con la causa patriota.

La espada de Don Pablo se inmortalizaría, resplandeciendo en El Yagual, Mucuritas, Las Queseras del Medio, hasta culminar invicta,

por último, en Carabobo. Esta hazaña la lograría al lado de sus dos entrañables amigos: José Cornelio Muñoz y José Antonio Páez.

El ejército civil pagaría con creces todos los sacrificios que se habían hecho por él.

De esta manera y para poder entender la verdadera situación que tuvieron que manejar aquellos heroicos llaneros apureños, nos vemos obligados a transcribir, textualmente, la magnífica narración hecha por el insigne historiador, catedrático de la UCV. Carlos Alfonso Vaz.

“Al mismo tiempo que se desarrollaban en los llanos de Apure las luchas y sacrificios que significaban el puñado de patriotas, que en aquellas apartadas regiones propugnaba por alcanzar la libertad. El gobierno de la Unión Granadina, desaparecía ante el avance de la ‘cuchilla pacificadora’ del Ejército Expedicionario de Don Pablo Morillo. Todas aquellas personas que en ese territorio habían defendido o simpatizado con la causa independiente, fueron silenciadas para siempre.

(...) Los más cautelosos, huyeron hacia los llanos de Casanare, siguiendo la numerosa emigración que encabezaban los eminentes patriotas: Francisco Javier Yáñez, Fernando Serrano, José Félix Blanco y los aguerridos militares, Urdaneta, Cervier, Vergara, Montilla, Conde y otros. (...) Una numerosa y heterogénea muchedumbre de independientes; mujeres, niños, ancianos, campesinos y letrados, fueron llegando a Casanare; no obstante, su permanencia allí, fue muy breve, pues la presión que contra ellos ejercía con su avance la vanguardia del ejército de Morillo, al mando de Latorre, los obliga a continuar su huida, viéndose obligados a penetrar en Venezuela, por lo que esta multitud hambrienta y desasistida buscó refugio en los llanos apureños.

(...) En esta región con la finalidad de encontrar una fórmula de reunir y agrupar a la población errante, se pensó en constituir un gobierno que fuera el núcleo representativo de la dispersa patria independiente.

(...) Con este propósito se reunieron durante el mes de agosto en Guasualito, civiles y militares, entre ellos los ya nombrados, doctores Serrano, Yanes y los generales Urdaneta, Cervier, coroneles Antonio Paredes y Francisco de Paula Santander, tenientes coroneles José María Carreño, y Francisco Meza, mayor Francisco Conde, capitán Francisco Picón y teniente Trinidad Travieso. El comandante José Antonio Páez, que tenía para el momento el mando de

las caballerías, fue también invitado, concurriendo solo al momento preciso para evitar discusiones en la calificación de las personas que debían integrar ese gobierno cívico-militar.

(...) Se convino en constituir el cuerpo integrado por un Presidente y tres consejeros. Acordados en este punto y efectuada la elección, resulto para el primer cargo, el Dr. Serrano y para consejeros el Dr. Yáñez y los generales Urdaneta y Cervier. Así mismo se escogió para el mando del ejército que debía organizarse, al coronel Santander, luego trasladaron la sede de este ‘simulacro de gobierno’ según frase del historiador y general José Austria, o como lo llamó José Félix Blanco ‘el gobiernito’ en razón de su efímera actuación, al pueblo más cercano, Orichuna.

(...) Pronto se hizo notar la ineficacia de estas autoridades, pues sus disposiciones no encontraron colaboración ni en las tropas ni en sus oficiales, que no reconocían otra superioridad que la demostrada mediante el valor y el arrojo en los combates y en la lucha diaria contra los peligros que los acechaban.

(...) El respeto lo infundía la rapidez en el manejo de la lanza, en la doma de los potros o la celeridad y destreza para cruzar los desbordados ríos.

(...) Bajo estas apreciaciones, no tardó de germinar la idea de destituir a estas autoridades, y entre civiles y militares partidarios de la misma aunaron criterios para llevarla a cabo, lográndose que este gobierno recién instalado fuera reemplazado, por un jefe militar único, absoluto y capaz de ser obedecido por la totalidad de las tropas en su decisiones, que estuviera resuelto a tomar las medidas necesarias para aprovisionar de armas y alimentos al ejército y proveer a la numerosa emigración con el mínimo de comodidades para la supervivencia en aquella región del Apure

(...) De acuerdo con el general José Austria, testigo y autor de los hechos ‘lo que se ha llamado equivocadamente motín militar de Orichuna, no fue tal motín, sino la obra, o, mejor dicho, el pensamiento de todos, o de la generalidad de los que allí estaba reunidos por una misma causa y con un mismo objeto; militares, paisanos, respetables eclesiásticos, de todos los que tenían la capacidad de juzgar de los peligros que los amenazaban.

(...) En vista de la situación creada, actuando sin violencias y llenos de patriotismo, todos los integrantes del gobierno, renunciaron a sus cargos ante los Consejeros. Así surgió una nueva junta militar encargada de deliberar y

resolver la situación creada. Dicha junta estaba constituida por los jefes de alta graduación allí presentes, los comandantes de escuadrones y de otros oficiales que no retenían cargos. El Presidente de esta Junta lo fue el coronel Juan Antonio Paredes por su antigüedad, [...] y siete jefes de escuadrones más, con el Dr. Nicolás Pumar como Auditor de Guerra.

(...) Después de estudiada largamente la situación se procedió a elegir al Jefe que debía mandar. Salvo con una sola excepción, todos votaron por el comandante José Antonio Páez.”

Podríamos agregar a la cita del profesor Vaz que, Páez era el único que contaba con el apoyo y el patriotismo del capitán de caballería y rico terrateniente Don Pablo Ponte. Don Pablo, luego de la muerte de Don Manuel Antonio Pulido, era el único con la magnanimidad y el poder económico suficientes para responsabilizarse de tan titánica empresa.

Luego de que el catire Páez fuera nombrado Jefe Supremo, preparará a aquel ejército para su próxima hazaña, esta vez acompañado por don Pablo y sus lanceros: Aramendi, Gómez, Garrido, Camejo, Mirabal y muchos otros, armados de largas y puntiagudas guafillas como lanzas. Y además acompañados de un grupo de expertos militares de grados superiores.

CAPITULO VII

EL YAGUAL

“La caballería se organizaba generalmente, en escuadrones integrados por cien guerreros, y tres escuadrones un regimiento. Su arma favorita, la lanza, era fabricada con un listón de madera flexible, cuya medida oscilaba entre tres y cuatro metros de longitud. Cabalgando, los lanceros fijaban las riendas sobre sus piernas y con éstas guiaban el animal. A su vez, con las manos desocupadas manejaban con libertad las filosas y mortales armas, y cuando lograban apuntar con precisión, contra un enemigo interpuesto en su camino, que se aproximaba en dirección opuesta, con la fuerza del empuje que impelía su veloz semoviente, era tal el choque con el que impactaban y atravesaban la desgraciada víctima, que ésta se levantaba regularmente en varios metros. La herida mortal, provocada por la lanza dejaba un hoyo de varios centímetros. El empuje que traía el equino y el guerrero, hacía que la lanza, al irrumpir violentamente en el cuerpo del enemigo, rompiera todo a su paso: carne, huesos, vertebras, ligamentos, armaduras y órganos vitales. La muerte se producía en medio de fatídicos dolores, luego de un tiempo de agonía. Muy pocos sobrevivían a un ataque certero con estas armas nativas”. Gustavo Bustamante

Desde Orichuna, Páez coge el camino rumbo a Achaguas en busca de Francisco López quien le habían informado lo estaba esperando

en un ható, en la vía, llamado El Yagual. No era la primera vez que Don Pablo esgrimiría su sable al lado de sus dos amigos, ahora de nuevo, compañeros de armas, José Cornelio y José Antonio.

Fue un día completo de feroz y encarnizada batalla, con bajas de parte y parte. Destacándose el coronel Santander quien resistió “gallardamente y repelió victorioso la más formidable carga que se hizo a su División, quedando a sus pies gran multitud de heridos”. Ganándose para siempre el respeto de los temibles centauros llaneros. Al amanecer para sorpresa y júbilo de todos, el coronel Francisco López huía hacia San Fernando embarcado en unas lanchas que había apostado en el Arauca.

Páez se instala en el ható El Yagual convirtiéndolo en una base militar como asiento del ejército patriota. Luego se dirige a Achaguas “donde se reunió la emigración”, poniéndola bajo la custodia del capitán Pablo Ponte, formalmente.

De regreso en El Yagual, Páez, refiriéndose al ejército civil, dirá: “Dejé a Ponte a cargo del ejército en Achaguas”. Frase que dará pie, en el futuro, a que los historiadores dedujeran que Páez había provocado a que desde ese momento se conociera también a Don Pablo, por el apellido Aponte, al igual que por el de Ponte. Alcanzando tal grado de generalización que su hijo Mariano, en 1840, recibirá la herencia dejada por su padre, protocolizado como de apellido Aponte, al igual que su hermana Isabel. Pero Don Pablo, jamás se firmó Aponte, sino Ponte; sin importarle, según parece, que se le llamará indistintamente de las dos formas.

Pero hay un hecho real que hace dudar de la veracidad de todas estas conjeturas, porque en la repartición de la herencia que dejará a sus legítimos herederos Pedro Domingo de Ponte y Marín, el tío abuelo del Libertador, ascendiente en primer grado de Don Pablo, aparece el apellido Aponte en los registros de la reclamación de la herencia cuyo reconocimiento fue tardío, a finales del siglo XVIII, porque el apellido de su esposa era Aponte de Ponte y Andrade:

Lorenza María, abuela de Don Pablo; cuyo apellido sus descendientes usaban, indistintamente, en diferente orden como era la costumbre de la época.

Prohibidos los títulos de nobleza por la Constitución de 1811, su uso se simplificó escribiéndose sin preposiciones y conjunciones. Al igual de lo que pasó con los Pulido y Pumar de Barinas; especialmente ellos que eran genuinos patriotas, nobles revolucionarios, redactores de esa Constitución, como indudablemente lo era también Don Pablo.

Oficializado por Mariano, su hijo, el apellido Aponte al otorgarle la herencia y al aceptarla como tal, desde ese momento sus descendientes serían registrados oficialmente como Aponte.

“Estimado y lejano pariente, por la línea de los Ponte y Andrade debemos compartir antepasados comunes procedentes de la casa solariega de Santa María de Cutián.”

“El apellido Ponte seguramente tenga su origen por la ubicación de alguna familia que tenía su casa próxima a un puente, y sería conocida por sus vecinos por lo “da Ponte”, por lo tanto podrían existir distintas familias, así llamadas.”

“Algunas se encumbraron, como la casa de los Aponte del solar de Puentedeume, cuyo señor era Nuño Gil da Ponte, capitán en los reinados de Fruela y Alfonso II el Casto, año 744, que está enterrado en Padrón.”

“El apellido se utilizó indistintamente como ‘da Ponte’, ‘Aponte’, y ‘Ponte’ que en castellano serían ‘de la Puente’, ‘el Puente’ y ‘Puente’”
(En gallego Ponte es femenino)

CAPÍTULO VIII

SANTIAGO MUJICA Y SUS CUATRO HERMANOS

“Para 1812 los Mujica Ramos, son gente principal de la población de Ortiz, y con buena posición económica, pues fuera de la herencia paterna han incrementado sus bienes, y hasta el menor José Antonio dispone de varios esclavos.”

“Como sabemos, esta familia forma parte de la tercera generación de la estirpe. Sus progenitores han vivido desde 1690, enraizados desde este rincón de la patria, que aspiran a mantener libre, sacrificando como lo veremos, patrimonio, ilusiones y vidas.”

Carlos Alfonso Vaz.

La Ley Marcial aprobada el 19 de mayo de 1812, autoriza a Miranda a “nombrar los jefes y comandantes militares, que juzgara necesarios, en los pueblos, villas y partidos”.

El escuadrón de Ortiz va desfilando frente a sus jefes, en él se destacan los cinco hermanos Mujica: Domingo, Santiago, Antolín, Hermenegildo y José Antonio, el coronel que los observa advierte a su ayudante, sargento mayor Olivares:

— ¿A quién le asignó el mando del escuadrón?

—A Hermenegildo Mujica, con el grado de capitán, mi coronel, tiene muy buenas cualidades y “tanto él como sus cuatro hermanos están muy bien dispuestos para el servicio. Han sido gente de a

caballo. Estoy tan satisfecho con ellos que, al menor de todos, José Antonio lo nombré subteniente de una compañía. Como respuesta ha incorporado cuatro de sus esclavos, dejándolos libres.

—Muy bien Olivares.

La formación, cerrando retaguardia abandona el pueblo. Iban a enfrentarse al destino, en medio de una lucha larga y cruel.

En el mes de junio de 1816 el jefe español López en su huida a Barinas, fue alcanzado en El Frío y dispersado sus doscientos hombres, con algunos muertos, obteniéndose quinientos caballos que tenía de reserva. En esa operación participaron los cinco hermanos Mujica.

Después de este suceso mandó Páez a los capitanes Antonio Rangel y Antolín Mujica a ocupar la isla de Achaguas, distante a unas veinte leguas de Mantecal, en conocimiento de la poca fuerza que la defendía.

Posterior a la dispersión que sufriera López en El Frío, este había mandado a Torrellas con cien infantes y doscientos lanceros a reforzar la tropa de la isla, permaneciendo esta última maniobra ignorada por los independientes, debido a que los realistas se embarcaron por el río Apure y el Apurito sin ser advertido por los hombres de Páez.”

Rangel y Muxica y sus hombres avanzaron igualmente sin ser notados por los adversarios. Allí les confirmaron la existencia en la plaza del pueblo, de un cuartel de infantería compuesto de cien granaderos, lógicamente esta información era verídica para el informante, pues todos desconocían la maniobra de Torrellas que se apostaba simultáneamente a orillas del río con los doscientos lanceros e igualmente sin presentir la presencia próxima de los patriotas.

Estos resolvieron de atacar de inmediato, a los infantes del cuartel de la plaza, casi amaneciendo, y lograron rápidamente su objetivo haciendo varios muertos y prisioneros en combate cuerpo a cuerpo, pues habían desmontado. Ya para finalizar cuando se consideraban dueños de la situación y tomado el pueblo, se presentaron

súbitamente las fuerzas realistas de Torrellas del otro campamento, que distaba como dos cuadras del centro atacado.

Esta inesperada ofensiva, obligó a los patriotas a tomar rápidamente sus caballos y retirarse apresuradamente y medio dispersos, a las afueras del lugar, abandonando a los prisioneros y a las armas que habían tomado.

“Una vez recuperados, Rangel propuso la retirada, tomando el mismo camino por donde habían llegado; pero el capitán Antolín Mujica, se opuso rotundamente a esta idea de Rangel, pues según manifestó; que prefería morir a regresar siendo portador de una derrota. Así fue que organizó nuevamente su compañía y les ordenó otra vez seguirlo al pueblo. Realizó algunas cargas que fueron rechazadas, y quizás hubiera continuado en su empeño, pero tuvo la desgracia en momentos de una nueva acometida, su caballo cayó dentro de un jagüey, y al quedar desmontado fue hecho prisionero.

Ese mismo día, dispuso Torrellas el fusilamiento de Antolín Mujica. Luego su cabeza fue separada del cuerpo y enviada a Calabozo, para ser exhibida en escarpiá pública.

“Allí permaneció el macabro despojo del heroico oficial patriota hasta 1818, cuando las tropas triunfantes de Bolívar y Páez, ocuparon la ciudad, y el Libertador ordenó de inmediato fuera sepultada con honores, en el templo,

El año 1817 comienza con la invasión que desde la Nueva Granada iniciara Latorre y Páez acompañado de Nonato Pérez resuelve esperarlo en la llanura de Mucuritas que mora al oeste de la actual población de El Samán, del municipio Achaguas, y el 28 de enero se libró en ese lugar la famosa batalla que lleva este nombre, con mucha gloria para las armas republicanas. Allí estaban los muxica, y Don Pablo también.

Después de la derrota de Mucuritas; y una vez situado Morillo en San Fernando dispuso la distribución de su ejército de la siguiente forma: Latorre fue enviado con el batallón Cachiri para Guayana

con el objeto de combatir a Piar y Cedeño. Calzada quedó con mil hombres dentro de la fortificada ciudad de San Fernando; el jefe expedicionario se dirigió a sojuzgar a las rebeldes provincias de Barcelona y Cumaná y castigar personalmente a la isla de Margarita. El general Correa quedó al frente de las tropas que defendían la ribera izquierda del Apure en territorio de Barinas.” Ibídem

Las partidas a las órdenes de Páez, eran destinadas a hostigar a estas fuerzas realistas. Contando Páez en su biografía:

“Fue en uno de estos asaltos, para obtener fusiles enemigos cuando mandé pie a tierra que el teniente José Antonio Mujica, alcanzó a penetrar a la trinchera y luego trató de regresar a sus posiciones de defensa, detrás de las casas, al notar que se le venía encima el contra ataque de los fusileros. Saltó rápido fuera de la trinchera y corrió a guarecerse en su posición, pero una descarga cerrada lo alcanzo en medio de su veloz retirada, y con el cuerpo lleno de balas, cayó de bruces en medio de la tierra de nadie, su cuerpo tendido, quedó inmóvil y sangrando profusamente.”

Sus compañeros que presenciaron la tragedia de Mujica, de inmediato dispusieron del auxilio, iniciando de nuevo y con mayor brío la ofensiva contra los parapetos enemigos, hasta silenciar por breves momentos el mortífero fuego que les hacían. Esto les permitió recuperar al mal herido teniente. Mujica estaba destrozado, la metralla había penetrado en su cuerpo en forma atroz, convirtiendo al oficial de 19 años en un despojo sanguinolento. Al comprobar que todavía tenía vida, con un esfuerzo máximo y extremando las precauciones para su traslado a sitio seguro emprendieron la marcha hacia el Yagual.

Esa misma noche, mientras el enemigo se retiraba, dejándolos dueños del campo que a costa de tanta sangre habían conquistado, recibió Mujica las primeras curas, permaneciendo aun en la inconciencia. En el hospital de sangre que allí se improvisó, fueron reconocidas sus heridas. Tenía diez profundas lesiones por armas de

fuego, distribuidas entre la región lumbar y la glútea. Los proyectiles habían alcanzado planos musculares profundos. Lo inmediato y aconsejable era detener la hemorragia, logrado esto, había esperanza para el oficial de sobrevivir.

Desde el sitio de la contienda hasta el Yagual había como setenta kilómetros. Iniciaron la marcha repasando el Apure para entrar en el pueblo de Apurito, allí dejó Páez una pequeña columna al mando del teniente coronel Rebolledo, con encargo de hacer periódicas salidas al otro lado del río para abastecerse de caballos y ganados.

“Para los heridos la travesía fue sumamente penosa, en especial para el teniente Mujica, porque el sitio y la naturaleza de sus lesiones no le permitían viajar e otra posición que boca abajo y de través sobre su montura, amarrado y aguantándose como mejor podía sobre la bestia, para no caer y soportando sufrimiento durante todo el trayecto, que aumentaban a cada movimiento del animal, sacudiéndole todo el cuerpo.”

Por fin en el horizonte, El Yagual

En esta población como queda dicho se vivía en medio de miserias y sin recursos. Los hombres disponibles que eran los viejos y heridos leves se dedicaban a construir chozas para albergar a la población civil, ante que arreciaran las lluvias, cobertizos para los soldados a la vez que lugar para acomodar a los heridos. Allí aguantando sus padecimientos quedaría por ahora el teniente José Antonio Mujica.

En 1817, en Cañafístula cuando Páez, de 27 años, se reúne por primera vez con el Libertador de 35, Páez hace desfilar frente al ahora el jefe supremo, sus hombres de confianza.

Excelencia, dirá Páez, cuando van pasando: Rafael Ortega, Francisco Guerrero, Remigio Fuenmayor, Cornelio Muñoz, Francisco Aramendi, Fernando Figueredo, Hermenegildo Mujica. Aquí la mano del Jefe Supremo, retiene por un instante la mano del subalterno de rostro enjuto y cuerpo magro, se sostienen las miradas,

y una sorpresiva sonrisa de Bolívar se acompaña de la siguiente frase: ¡Mujica! San Mateo, La Puerta, ya nos conocíamos.”

Hermenegildo y Santiago se immortalizarán en Boyacá, este último bajo las órdenes de su hermano quien iba comandando al regimiento Guías de Apure en la división de retaguardia bajo el comando del general de brigada José Antonio Anzoátegui.

Los Mujica serán víctimas de todas las vicisitudes que sufrieron las tropas libertadoras en el páramo. Confirmados en una carta que le hace el general Anzoátegui a su esposa que vivía en Cumaná, desde Bogotá, después de la batalla:

“El 22 salimos de Pore, el 23 llegamos a Nunchía, el 25 a Morcote y el 27 a Paya, pueblo donde la Vanguardia ganó una batalla que puso en fuga a los españoles y me tocó a mí vez ir en su seguimiento por entre breñas y precipicios, para hacerles creer que íbamos a tomar la vía de Labranza grande”.

“¡Aquí fue Troya! Perdimos íntegra nuestra caballería; y el llanero, ese hombre terrible en su tierra, quedó reducido a la nada. Una vez en el páramo de Pisba, yo y todos los compañeros nos creímos perdidos porque perdimos mucha gente muerta por el frío y casi todos nos enfermamos. Solo el genio del Libertador pudo salvarnos y nos salvó efectivamente; auxiliado eso sí por el patriotismo y el entusiasmo de los patriotas de la provincia de Tunja, especialmente por las mujeres que: ¡no lo creerás! Se despojaron realmente de su ropa para hacer con ella, camisas, calzoncillos y chaquetas para nuestros soldados y de todo de lo que tenían en sus casas para socorrernos. Fue esta una resurrección milagrosa. Nos volvió la vida, el valor, y la fe, como lo verás por los papeles que te adjunto, en donde se da cuenta de nuestras victorias de Pantano de Vargas y Boyacá, y de mi ascenso a general de división en ese campo de batalla, título que pone a tus pies tu querido esposo. —José”

Después de Boyacá, Hermenegildo Mujica fue destinado con su escuadrón de caballería a Tibasosa, pintoresca y agradable población

del valle de Sogamoso. Donde permanece escasamente tres meses pidiendo traslado a Venezuela, petición que le fue acordada el 7 de diciembre de ese mismo año:

“FRANCISCO DE PAULA SANTANDER, de la Orden de los Libertadores de Venezuela y de la Nueva Granada, condecorado con la Cruz de Boyacá, general de división de los ejércitos de la República y vicepresidente de las Provincias Libres de la Nueva Granada.

Concedo libre y seguro pasaporte al teniente coronel Hermenegildo Muxica actual residente en el pueblo de Tibasosa, para que pueda pasar a recuperar su salud al ejército de Occidente al mando del general Páez, con un solo asistente.”

Santiago Mujica, de regreso se quedaría en Arauca, donde se casó y tuvo descendencia, una vez de haber sido licenciado por el ejército de Apure. Aunque después no se tuvo conocimiento de él, el siguiente documento, se conocerán las actividades a que se ha dedicado el prócer Santiago Mujica, residenciado en Casanare los primeros 15 años de haber sido licenciado por el ejército, mudándose después a Venezuela, a la ciudad de Puerto de Nutria, en Barinas.

“El nueve de marzo de 1835, se lleva a efecto en el Registro de la ciudad de Pedraza (hoy ciudad Bolivia) el siguiente acto:

“En la ciudad de Pedraza a los nueve días del mes de marzo de mil ochocientos treinta y cinco, sexto de la Ley y vigésimo quinto de la Independencia, por ante mí, Miguel Angulo, Registrador Primero y Alcalde Primero Municipal con la vara en depósito, y a presencia de los testigos que se nominarán y con asistencia de los actuarios que firmarán por no haber Escribano, parecieron presentes en la sala de mi Juzgado, los señores: Santiago Mujica e Ignacio Romero, el primero vecino de la villa de Arauca, provincia de Casanare y apoderado general de la señora Natividad Rodríguez, y el segundo de este vecindario, a quienes certifico que conozco y dijo el primero: que respecto a lo decretado en este juzgado en veinte de los corrientes y el expediente que se ha creado por la parte a quien representa,

viene en otorgar por la presente escritura y en la vía y forma que más halla lugar, confiesa haber recibido por entrega hecha por este mismo Juzgado, la persona del menor Calixto Espinel, y tutela correspondiente a este por muerte de su padre Joaquín Esquivel, cuya porción pupilar contenida en las especies siguientes: cinco vacas paridas a dieciséis pesos cada una, ocho orras, (Sic) a catorce pesos cada una, cuatro novillas a siete pesos cada una, cuatro becerras a siete pesos cada una, cuatro novilla a diez pesos cada una, cuatro becerras a siete pesos cada una, ocho becerros a siete pesos cada uno, dos yeguas de vientre a dos pesos cada una, un caballo rucio andón en veinte pesos, y setenta y siete pesos, uno y tres octavos de reales en dinero efectivo hacen la suma de cuatrocientos treinta y cinco pesos, uno y tres octavos de reales, la cual hasta el presente estuvo al cargo del señor Pedro Camacho como legítimo tío y tutor del referido menor, cuyos derechos perdió por tener en esta República causa criminal abierta, para lo cual está comprometido el que otorga como apoderado de la señora Natividad Rodríguez a asegurar en el cantón del vecindario de que el Tribunal no quede en descubierto, entre tanto el presenta el testimonio auténtico de la escritura que lo acredita, viene en comprometer los bienes presentes y futuros que representa y a más abundamiento los suyos propios, haciendo soberana renuncia de las leyes y fueros que a su favor puedan hacer, y especial la que prohíbe hacer venta y para mayor seguridad presenta por su fiador al señor Ignacio Romero, quien estando presente dijo: que se constituye fiador del referido señor Santiago Mujica. Hasta tanto este presente el testimonio de la escritura que por esta ofrece al Tribunal, bien entendido que lo deberá verificar Mujica dentro de sesenta días contados desde esta fecha, y no verificando así, su fiador se compromete y obliga al señor Romero a su costa, hacer cumplir lo que deja ofrecido el susodicho Mujica, y para cumplir lo que deja hasta aquí expuesto, obliga su persona y bienes presentes y futuros y renuncia todas las

leyes y fueros que a su favor puedan hacer y hagan, en cuyos estados ambos a dos de mancomun in solidum se comprometen a cumplir lo que dejan otorgado para lo cual es que obligan sus personas y bienes presentes y futuros y hacen solemne renuncia de las leyes y fueros que puedan favorecerles, suplicándole a las autoridades de la República en que se hallan avecindados los obliguen y apremien por todo vigor de derecho, vía ejecutiva y como si fuera sentencia basada en autoridad de cosa juzgada, consentida y no apelada. Así lo dijeron, otorgaron y firmaron, siendo testigos presentes los señores Rosario García, Pedro Romero, y Marcos Cayran vecinos que son actuarios certifico: Miguel Angulo. Santiago Mujica Ramos. José María González. José Miguel Sulbarán.

CAPITULO IX

MUCURITAS

El año 1817 comienza con la invasión de los llanos por los españoles.

“Debido a la reactivación del conflicto en Venezuela, Pablo Morillo ordena al brigadier Latorre salir de Pore, atravesar la cordillera de los Andes y Casanare hasta llegar a la provincia de Guayana. Siguiendo el curso del río Apure se acaba por reunir con el brigadier Sebastián de la Calzada en Guas dualito. Ambos mandan la división de Vanguardia, de dos mil quinientos infantes y mil quinientos jinetes veteranos. De reserva tienen cinco mil soldados que guarnecen la costa entre Coro y Caracas.”

Entre tanto Páez, quien asediaba San Fernando, abandona el asedio y decide emboscar a los españoles junto con Nonato Pérez. Además provoca a Latorre, quien subestima a Páez. El centauro de los llanos hace que Latorre lo persiga hasta un hato ubicado en la sabana de Mucuritas, localizada al oeste de la población del Samán.

El ejército realista se componía de dos escuadrones de lanceros venezolanos y otro de Húsares de Fernando VII al mando del coronel Remigio Ramos. También había una compañía de artilleros y respecto de la infantería, eran una compañía de cazadores españoles del batallón Victoria, otras dos del 3er. batallón de Numancia (todos venezolanos) y las fuerzas neogranadinas del batallón ligero

Cachirí. A diferencia de su enemigo, las montoneras llaneras de Páez iban armadas solo con lanzas de albaricos cortados en los bosques cercanos. Estaban organizadas en tres columnas, dos de ellas ligeras y una principal, de reserva.” Respaldada, esta última, por una columna del “ejército civil” coordinadas personalmente por Pablo Aponte, bajo el comando de José Cornelio Muñoz. En esta importante batalla, cuyo triunfo significó la posesión de casi todo Apure por parte de los patriotas, las heroínas apureñas demostrarían lo importante que sería su actuación en las luchas por venir hasta lograr definitivamente la emancipación de Hispanoamérica.

La batalla comenzó a las 09:00 horas. Las dos columnas ligeras evitaron el fuego de los fusileros atacando por los flancos a la caballería monárquica, provocándola para que las persiguiera y se separara de su infantería. Cuando los jinetes realistas estaban lejos los llaneros dieron vuelta y atacaron apoyados por la reserva, poniéndolos en fuga.

Poco después, unos cincuenta llaneros —entre ellos las mujeres del “ejército civil” — prendieron fuego a las altas pajas secas. Las llamas se extendieron por toda la sabana, llenándola de humo. Los infantes realistas logran formar un cuadrado defensivo y aguantan catorce cargas de los patriotas. Sin embargo, pronto se ven rodeados por el fuego y los monárquicos solo se salvan de la total aniquilación al alcanzar un pantano donde deben sumergirse con el agua hasta la cintura para salvarse. Páez se retiró a las 16:00 horas tras capturar trescientos caballos de carga.

El albarico es una palma que se da en el piedemonte, que debió haberse usado como lanza en las acciones en la travesía de los Andes, por falta de la guafilla que es un bambú cuyo hábitat son las selvas de galerías de los cursos de agua que atraviesan las sabanas apureñas; pertenecientes a la especie de la *Guadua*, pero de diámetro más pequeño, lo que las hace más livianas, pero con la misma rigidez de éstas. Por lo que fue la guafilla la planta usada

por los llaneros apureños como arma. El albarico debió haberlas reemplazado una vez que los llaneros perdieron la mayoría de su armamento en los precipicios antes de alcanzar el páramo de Pisba.

CAPITULO X

LAS QUESERAS DEL MEDIO

El general Morillo estaba muy molesto por los continuos ataques sorpresivos que le ocasionaban Páez y sus hombres, tanto en la vanguardia como a las provisiones y retaguardia. Esto hizo que ordenara a sus oficiales, la captura de Páez, vivo o muerto. Al mismo tiempo dispuso que en la próxima oportunidad que se presentase con sus jinetes a provocarlos, se le echaría encima con todo el ejército.

Esta batalla, librada en Las Queseras del Medio, es una de las más famosas de la historia militar del mundo, y que para orgullo nuestro pertenece a la épica nacional de Venezuela. Vale la pena disfrutarla, narrada en todos sus detalles:

“El 2 amaneció el ejército real en la misma posición y después del medio día se estableció cerca de los médanos de las Queseras del Medio, casi al frente, un poco más abajo del campamento de Bolívar y fuera del tiro de cañón; los contendientes quedaron separados por el brazo Canoero del río Arauca, muy profundo en aquel lugar y de poco más de cien metros de ancho, y una extensa sabana sin bosque, ambos más abajo del paso denominado hoy de las Queseras del Medio, impuesto Páez por un pasado del plan de Morillo de echarle encima, cuando volviera a atacar como la víspera, un cuerpo escogido seguido de todo el ejército en masa, para contrarrestar las temibles “vueltas de cara” del Jefe apureño, resolvió pasar el río a provocarlo, y al efecto invitó a sus jinetes a que lo acompañaran al golpe que meditaba, y como se movieron todos, señaló una sección de la línea solamente, porque no era una acción general la que iba a

dar; pero habiéndosele agregados muchos jefes y oficiales la columna resultó de ciento cincuenta hombres los cuales como se desprende de esta descripción no fueron escogidos. De repente salieron a la sabana y al trote y galope se acercaron al enemigo hasta que los detuvo el fuego de fusilería”.

“De momento Morillo empezó a ejecutar su plan moviendo todo su ejército contra la fuerza de Páez, la caballería en dos columnas en las alas y la infantería y la artillería en el centro. La caballería naturalmente dejó atrás las otras armas y avanzaba con el objeto de cercar a los grupos de jinetes de Páez, los cuales retrocedían a media marcha, en perfecto orden en línea extensa. Cuando parecía que lo iban a cercar, Páez daba vuelta de cara y salidas parciales a los flancos. Después de recorrer cierto espacio Morillo creyó el momento de lanzar la caballería contra Páez, e hizo avanzar el escuadrón de carabineros de Narciso López situado hacia el centro, el cual fue adelante al trote y así privó los fueros de la infantería”.

“Ese fue el momento en que Páez, escribe el mismo en las campañas de Apure. Concibió la esperanza más grande de derrotarlos, porque viéndose con dos columnas fuertes de caballería en paralelo con él, no sabía a cuál de las dos atacar con éxito, sin que la otra lo envolviese, pero para hacerlas reunirse ambas y quedar con un solo objeto, ordenó al coronel Rondón que volviera cara contra Narciso López, lo atacara de firme e inmediatamente retrocediera a su puesto, para que no lo encerraran las dos columnas de los flancos. Al ver López, venir a Rondón como un rayo con veinte hombres, volvió a cometer la estupidez de hacer echar pie a tierra a sus carabineros para resistirlo, lo que no fue posible pues Rondón le lanzó la mayor parte de ellos en un momento y volvió a su puesto casi en el instante mismo en que las dos alas enemigas lo encerraban: quedó pues por esto la caballería enemiga en una sola masa y Páez que tenía ya dos de sus columnas al flanco derecho de ella y las otras muy bien en orden al frente, dio la voz de volver caras y atacar. Todas las columnas

ejecutaron a la vez la orden con una rapidez admirable y atacaron con un valor sin igual”.

“La caballería enemiga quiso resistir a lanza calada el impulso de estos bravos; pero fue inútilmente, porque atacados a la vez de frente y de flanco, y con resolución tan decidida, no pudieron resistir; y volviendo la espalda en el momento que tenían las lanzas al pecho, la mortandad de ellos fue inevitable; además, la confusión se introdujo en toda la masa de caballería y la hizo toda poner en fuga desordenada, y si la infantería no hubiera sido de tan alta calidad, y no hubiera tenido el bosque del río tan inmediato, su misma caballería huyendo despavorida como iba, hubiera pasado sobre ella, pero conociendo Morillo en el momento el peligro inmediatamente en que estaba, se arrecostó (Sic) sobre el río y allí salvó la infantería y sirvió de apoyo a mucha parte de la caballería”.

Es lógico suponer que los que no formaban parte del grupo de los ciento cincuenta jinetes no observaban esto como una obra de teatro, eran parte de una infantería que no estuvo pasiva, ni mucho menos inactiva. Las mujeres del “ejército civil” que ya habían tenido su bautizo de fuego en Mucuritas participarían con mucha más intensidad en esta ocasión. Por supuesto que el capitán Pablo Aponte estuvo allí con el resto de los demás. Sería mucho más que un sacrilegio echar sombras sobre lo que significó en heroísmo esta batalla para Páez y sus ciento cincuenta hombres que gloriosamente la ejecutaron, pero hay que resaltar la participación del resto del ejército que remató en la retirada al enemigo. Las crónicas españolas hacen alusión a ello, como es natural. Como prueba de que no queremos empañar lo narrado por Páez de esta epopeya, reproducimos a continuación la descripción que hace el general José de Abreu y Lima después de transcurridos cincuenta años en carta dirigida a Páez desde Pernambuco con fecha de 18 de septiembre de 1868 donde dice:

“Yo vi nacer a Colombia en las Queseras del Medio, vi a usted con ciento cincuenta hombres arrojar a todo el ejército de Morillo; yo he visto huir la caballería española delante de los pelotones de usted; yo vi la infantería enemiga retroceder hasta la orilla del monte... en compañía de los generales Soublette y Bolívar, a la margen derecha del Arauca, y fui yo quien escribí el boletín de esa jornada. A nuestros pies venían a caer las balas de la artillería española, o pasaban sobre nuestras cabezas”

El Libertador lleno de satisfacción por esta asombrosa victoria da a conocer esta proclama:

“A los bravos del ejército de Apure.

¡Soldados! Acabáis de ejecutar la proeza más extraordinaria que puede celebrar la historia militar de las naciones. Ciento cincuenta hombres, mejor diré ciento cincuenta héroes, guiados por el imperterritito general Páez, de propósito deliberado han atacado de frente a todo el ejército español...”

¡Soldados! – Lo que se ha hecho no es más que un preludio de lo que podéis hacer. Preparaos al combate y contad con la victoria que lleváis en las puntas de vuestras lanzas y de vuestras bayonetas” Cuartel general en los Potreritos Marrereños a 3 de abril de 1819. BOLÍVAR

La misma noche de su derrota, Morillo se retiró en dirección a Achaguas, la guardia de honor de Páez, al mando de Cornelio Muñoz fue encargada de perseguirlo...

Para esta época el ejército patriota sufría muchas privaciones, veamos la descripción de O’Leary citado por Lecuna quien servía en ese momento en la infantería:

“No había pan ni cosa que sustituyera a ningún precio, ni sal, sin la cual la carne no solo era insípida sino insalubre para la recluta indígena de Guayana. Si este alimento diario era poco apetitoso

para el soldado criollo, éralo menos y con sobrada razón, para el oficial británico, quien sin embargo soportaba con la más laudable resignación todas esas penalidades”

Estas reflexiones nos dan una idea del incalculable valor de la contribución hecha por Pablo Aponte al cuidado del ejército de Apure, tanto al civil como al militar.

CAPITULO XI

LA LIBERACIÓN DEL NUEVO REINO DE GRANADA

“Cuando Bolívar hizo conocer a Páez sus planes de dominar las alturas, atravesar el páramo de Pisba para vencer, el Centauro asombrado le dijo: ¡Pero, eso es pretender coger el cielo con las manos! Y Bolívar le contestó persuasivo: Pues lo cogeremos con las manos”.

¡Solo menos, que el viacrucis!

Primera dificultad: Al llegar Bolívar a la población de Arauca, proveniente de Guasdalito, sufrió un gran disgusto por el incumplimiento de Páez en mandar caballos de remonta para los oficiales. Quedando constancia en la siguiente carta:

“Al Señor general Páez.

En lugar de los trescientos caballos mansos que debieron venir de ese lado con el ejército, resulta ahora que no han venido sino doscientos, no caballos sino yeguas, que dé además de ser cerreras son abominables e inútiles porque no solo están flacas sino sarnosas. Así que no se han podido apartar de ellas ni las que necesitan los oficiales de infantería, que marcharán a pie de aquí porque no hay una sola bestia que pueda servir.

Es bien extraño que, habiendo mil seiscientos caballos útiles ahí, de los cuales he tenido la moderación de no pedir sino trescientos, no se me hayan podido, mejor hubiera sido que no se me hubieran

ofrecido, porque a lo menos no hubiera contado con ellas para la marcha, y no sería tan sensible su falta. Yo espero que Ud. averigüe la causa que ha habido para esto, y de qué ha dependido, para que ponga Ud. el remedio.

Dios etc. Arauca junio 5 de 1819-9

BOLÍVAR

El ejército tomo rumbo al suroeste, atravesando la plena sabana en algunas partes totalmente inundada... Santander la describe de la siguiente forma:

“La estación era a la sazón de un riguroso invierno en que los llanos todos quedan intransitables. Desde el Apure hasta Pore, había que atravesar innumerables ríos caudalosos y navegables, caños profundos y sabanas inmensas inundadas: había que atravesar el famoso estero de Cachicamo, que en los tiempos antiguos detenía aun el correo; más, un pequeño mar, que un terreno sólido, era el territorio por donde el ejército debía hacer sus primeras marchas. Las tropas en frecuentes operaciones en los llanos, habían quedado tan desnudas que era muy raro el soldado que conservaba su chupa o pantalón. Todo su vestuario estaba reducido al guayuco. Estos soldados, nacidos y criados en climas ardientes y vestidos de tal manera, eran los que tenían que atravesar los páramos y obrar en un clima excesivamente frío. El llanero, este hombre temible en su país, que nunca ha recibido un aire templado, debía pasar al helado temperamento de Tunja, desnudo, a pie reducido a nulidad, porque no podía hacer uso de su caballo y de su lanza. ¿Y cuáles eran los enemigos con quienes íbamos a combatir? Batallones numerosos y aguerridos, aclimatados y bien disciplinados”

Después del triunfo de la batalla de Boyacá, el boletín del ejército libertador de la Nueva Granada dice:

“No son calculables las ventajas que ha conseguido la República con la gloriosa victoria obtenida ayer. Jamás nuestras tropas habían triunfado de un modo más decisivo, y pocas veces habían combatido con tropas tan disciplinadas y tan bien mandadas.”

“Nada es comparable con la intrepidez con que el señor general Anzoátegui, a la cabeza de dos batallones y un escuadrón de caballería, atacó y rindió el cuerpo principal del enemigo. A él se debe en gran parte la victoria. El señor general Santander dirigió sus movimientos con acierto y firmeza. Los batallones Bravos de Páez y 1º de Barcelona, y el escuadrón del Llano-arriba combatieron con un valor asombroso. Las columnas de Tunja y el Socorro se reunieron a la derecha al decidirse la batalla. En suma, su Excelencia ha quedado altamente satisfecho de la conducta de todos los jefes, oficiales y soldados del ejército libertador en esta memorable jornada.”

Cuartel general en Jefe, en Venta Quemada, a 8 de agosto de 1819-9º

El general jefe

CARLOS SOUBLETTE.

CAPITULO XII

CARABOBO

“La marcha de la División del Apure, en su camino a San Carlos fue lenta, pues traían numerosas madrinas de caballos de remonta. Igualmente, partidas del ganado tan insistentemente solicitadas por el Libertador.”

A la cabeza venía el capitán Pablo Aponte, desde el mismo momento cuando las sacó, personalmente, de su hato “Barretero”: alcanzándose así, un total de 12.000 reses y 7.000 bestias, para la campaña.

Arribando “a la ciudad punto de reunión” el 11 de junio, detrás de la Infantería.

Fuente:

Carlos Alfonso Vaz, Op. Cit., Página 198.

Eduardo Hernandez Guevara,

“El Protocolo De Mantecal”, 1982

Como siempre, las mujeres salieron a la zaga del ejército regular al mando del general de división José Antonio Páez. Saliendo con la decisión de no volver jamás. Dejando lo poco que tenían, con solo sus pequeños hijos a cuesta.

¡Libertad o Muerte!

Era la decisión de Las Guerreras, cada una, con su burro al lado.

La cantidad de equinos no dejó de llamar la atención de El Libertador, cuando vio la formación que se aproximaba al Tinaco.

¡Es la carga del bastimento de las mujeres! Coronada por sus hijos. Le contestaron...

Al comenzar la lucha, dejaron los niños con los ancianos y cada una fue a buscar su posición. – “de varón vestidas” -, pendientes de quedar cerca de sus maridos. Al quitar las mantas que servía de asiento a los niños asomaron relucientes las cañas bravas acondicionadas como flechas; y con alegría, y gran entusiasmo, probaban el temple de sus arcos.

¡Todo estaba listo para la Batalla Final!

Ese día sangriento, allí en la batalla de Carabobo, se unieron las nuevas y efectivas armas de fuego, con las ancestrales lanzas de madera. Con la participación de ambos componentes se obtuvo la victoria final. La larga guerra por la independencia de Venezuela llegó así a su fin.

Lograda la emancipación definitiva de Venezuela, el Libertador organizó “el Gobierno de la República, inmediatamente después de Carabobo, nombró al general Soublette como Intendente de Venezuela y la dividió en tres distritos militares: Coro, Mérida y Trujillo a cargo de Mariño; Barcelona, Margarita, Cumaná y Guayana, a las órdenes de Bermúdez; y Caracas, Carabobo, Barinas y Apure al mando de Páez.”

CAPÍTULO XIII

PÁEZ: EL SÚBDITO

Sin duda alguna que los pardos son el sustrato más lejano de lo que posteriormente sería nuestra clase media. Siendo una de las clases sociales de los tiempos coloniales en Venezuela, y que estaba formada en cierta medida por los blancos no mantuanos, es necesario señalar que, si bien los pardos lograron mejoras económicas, no así pudieron hacerlo con las mejoras sociales

Casi siempre los principios de siglo significan renovación, con cambios estructurales, inconcebibles, que dan al traste con todo lo establecido sin la esperanza de volver atrás. Fenómeno gradual que, en centurias, marca la evolución social de la humanidad cuya agregación grupal desemboca, siempre, en una sociedad cada vez más desigual, injusta y cruel.

Cambios que en algunos siglos serán más intensos que en otros como lo sería en el comienzo del siglo XIX signado, nada menos, que por la Revolución Francesa. Con repercusiones en toda Europa, particularmente en España.

Es precisamente en estos tiempos cuando nace nuestra patria, como consecuencia de la liberación de una porción del inmenso territorio que el gran imperio español poseía en América. En el cual, sus pueblos originarios se agrupaban en dos grandes imperios: uno en el Sur, el de los Incas y otro en el Norte, el de los Aztecas.

Transformados por España en dos grandes virreinos, el primero: desde el Perú hasta la Patagonia; y el segundo: desde la península de Yucatán, hasta Alaska. Estos imperios estaban unidos por un istmo que los encerraba entre dos grandes océanos; y que servía por el oeste de límite de un mar interior, en medio de los dos bloques imperiales, y que por el este estaba delimitado por un archipiélago agrupado longitudinalmente. Quedaba en el interior de este archipiélago un grupo de islas, de mayor tamaño, que conformaban una zona geopolítica de gran importancia, que el imperio español, por supuesto, no desestimaba.

Es precisamente allí, en esa vastedad territorial, donde el imperio español asentará su poderío político. Desde allí ejercerá control directo. Y es precisamente en ese lugar donde convergerán todas las actividades del comercio y las relaciones administrativas con la Metrópolis del imperio español, que era nada más y nada menos que la ciudad de Madrid. Desde un principio en la isla La Española (actual República Dominicana y Haití), que era la segunda en tamaño de aquel grupo de islas, conocida como Las Antillas y cuya propiedad compartía con Francia, será en donde se asentará una Gran Audiencia, que denominará de Santo Domingo. Posteriormente y definitivamente se establecerá en La Habana (isla de Cuba) que era la isla más grande de las Antillas y en donde el imperio español hallaba más seguridad por ser una isla “rodeada de agua por todas partes”.

Aquel mar interior estaba delimitado por el sur por la costa norte del subcontinente meridional, cuya penetración y exploración estaba garantizada: por el este por el río Esequibo, que le servía de límites con el imperio de Portugal; y por el oeste, por el río de la Magdalena, cuyo curso presumían llegaba hasta el Perú.

En medio de estas dos importantes corrientes de agua se establecerá una provincia cuya administración será ejercida directamente por España, desde la Audiencia de Santo Domingo, definida en su interior por dos grandes cuencas: la de un gran lago llamado de

Coquivacoa; y otra que lo llena todo, llamada la Orinoquia, con costa en el Atlántico, surcada por el gran río Orinoco y sus afluentes: Es la Provincia de Venezuela, clasificada por su categoría política como una Capitanía General, decretada por el rey Carlos III, en 1777.

Esta provincia por su ubicación privilegiada, en contacto directo con el comercio de la Metrópolis y sus decisiones políticas, administrada por la Audiencia de Santo Domingo, le permitirá ser la primera mejor informada, si se quiere, de todas las colonias de Tierra Firme.

Siendo, por esta condición, la pionera en experimentar los cambios que se dieron al final del llamado Siglo de las Luces y sus reformas sociales introducidas por el Despotismo Ilustrado, y las posteriores ideas revolucionarias promulgadas por la Revolución Francesa.

Menos la parte de Brasil demarcada por el Tratado de Tordesillas, para 1782, toda la América es española. Con excepción del extremo norte que pertenece a Inglaterra con el nombre de la América Británica, al oeste de Alaska y al norte de los Grandes Lagos; y trece provincias en toda la costa este con el Atlántico, conformando una franja del ancho del borde norte de la península de la Florida, hasta tocar la frontera, de la que hoy es Canadá, que declararon su independencia el 4 de julio de 1777, con el nombre de los Estados Unidos de Norteamérica.

Estos acontecimientos y las nuevas ideas, en las Antillas, no se hacen esperar; y a más tardar, en tres meses, se hacen presentes en las costas de la Capitanía General, ya sea por el simple hecho de cómo se esparcen las noticias; o utilizadas por sus nacionales como instrumentos de introducir cambios en el statu quo vigente. Colonia pretendida por todos los reinos de Europa que pondrán todo su empeño en arrebatarla de las manos a España.

Idea que no escapará a Napoleón una vez convertido en Emperador, empeñado en destronar a las demás monarquías

absolutistas de Europa para reemplazarlas por repúblicas constitucionales bajo los preceptos de *la Fraternité, la Liberté et l'Égalité*.

En España la Revolución Francesa trasladó los ideales republicanos y las ideas de la Ilustración que marcaron el cambio a una nueva época histórica.

Lo que deja Napoleón como herencia en España, se debe considerar como de gran importancia. Fue el pequeño y genial francés que quien siembra la idea de organizar una administración profesional del Estado, en sentido centralista de la creación de los Institutos de Enseñanza Media que está inspirada en los liceos que implanta; contribuyó de manera indirecta, a través de sus soldados y de los funcionarios franceses enviados, a la difusión de las ideas revolucionarias de 1789.

En España dejaría el liberalismo, que apenas comenzaba a gestarse. Así como empezaron a gestarse las ideas de la ilustración y los derechos ciudadano que luego se concretarían en Cádiz en 1812 y que luego tendría muchísima presencia en los partidos políticos liberales del XIX. Y sin duda estas ideas serán determinantes para lo que sería la conformación de los nuevos estados que surgirán de esa América Española.

Estos cambios se darán muy rápido en aquella España, que se había convertida en colonia del Imperio Napoleónico. Que además tendría consecuencia en las colonias de ultramar, que Napoleón consideraría también como suyas.

La legislación creada para España basada en el derecho francés y las corrientes ilustradas, se aplicarían desde el mismo nivel de idea antes de ser promulgadas en una nueva Constitución.

Siendo promulgada, definitivamente, el 19 de marzo de 1812, el día de San José, por lo que se le llamó “La Pepa”. Aunque se sostenía que le habían puesto ese nombre en honor a José Bonaparte, hermano de Napoleón: José I, Rey de España. Duró, apenas, dos años, porque fue abolida por Fernando VII a su regreso. Pero los

principios en los que se sustentaba no se olvidarían jamás. Nuestros intelectuales, teóricos de la revolución, tuvieron en ella la base filosófica que cambiaría las colonias americanas para siempre.

Con sus principales principios:

- Soberanía popular, división de poderes y federalismo.
- Libertad de imprenta (1810)
- Abolición del régimen señorial: supresión de los señoríos jurisdiccionales, reminiscencia feudal.
- Supresión de la Inquisición (1813)
- Abolición de los gremios.
- Tímida desamortización de algunos bienes de la Iglesia.

“La Constitución de Cádiz de 1812 provocó limitar el poder de la monarquía, la abolición del feudalismo, la igualdad entre peninsulares y americanos y finalizó la Inquisición española.”

Los americanos dejarían de ser súbditos para convertirse en ciudadanos.

Es así que se hace presente el sentido de pertenencia regional donde sus habitantes se creerán con el derecho de gobernarse con autonomía propia representada por un poder local.

Es por eso que la Declaración de la Independencia de 1810 se basará en estos principios, plasmados en una Constitución en 1811 por los delegados de las provincias bajo estos postulados, que ya estaban vigentes en la colonia, mejor dicho, relativamente enunciados, hasta que fueron ratificados, definitivamente, por dicha Constitución.

Después de ella, en la Capitanía General se desataría la guerra civil.

Los blancos criollos apoyarían aquel el orden desigual. Por lo cual en 1763 hicieron la petición al Rey para eliminarles el fuero militar a los pardos. En 1792 se cerraría la academia del médico Manuel

Carmona en su domicilio porque daba atención a los pardos. En 1809 le fue prohibido al pardo Juan José Franco que abriera una escuela de pintura, porque se consideraba que la enseñanza era una actividad exclusiva de los blancos.

Se daba el nombre de ‘castas’ a los grupos sociales que se consideraba inferiores como era el caso de los pardos libres, o los llamados pardos beneméritos. Estos últimos eran considerados la élite de esta clase social. Las dinámicas sociales de la colonia condujeron a que en 1811 los intereses de los pardos beneméritos estaban más cerca de los intereses de los criollos conservadores que los de los mismos pardos.

A principios del siglo XIX se decía que los pardos se hallaban en todas las ciudades de la Capitanía General de Venezuela. Y que además formaban gremios y cofradías que atendían una diversidad de oficios que se habían hecho indispensables en la conformación de las nuevas ciudades. Y todos ellos formaban la llamada Pardocracia. He aquí que encontramos la génesis de la burguesía criolla, la nueva clase social, que sería protagonista de la Revolución Francesa. Todo esto permitiría que, en 1801 una ley permitió a los pardos poder entrar a las órdenes religiosas, recibir la ordenación sacerdotal, o contraer matrimonios con blancos.

José Antonio Páez era un blanco no mantuano. Provenía de una familia humilde de origen canario. Esto significaba que socialmente pertenecía al grupo de los pardos. Residenciado en una comarca urbana del imperio español con costas en el mar de las Antillas, con una circunstancia específica que signarán su vida.

El catire Páez no descendía de una familia de conquistadores, sino de una familia de inmigrantes canarios, súbditos del imperio español. Y que habían venido a estas tierras americanas con ansias de progreso, en busca de una oportunidad mejor. En la provincia de Coro, en los valles de Quíbor, proveedora de los bienes esenciales para la satisfacción del consumo primario de la colonia. Con una

intensa comunicación directa con Puerto Rico, de donde llegan las ideas de un nuevo mundo en formación de las cuales no tendrá tiempo ni modo de enterarse.

Al lado de su cuñado Bernardo Fernández desempeña algunas tareas de comercio menor. Por lo tanto, su formación para el trabajo será la de un burgués. Con consciencia de clase, nacido para escalar y progresar.

A los 17 años el futuro Taita de los llanos José Antonio Páez mata un hombre. Esto lo obliga a escapar hacia los llanos de Apure. Una vez allí se emplea como peón en el hato La Calzada, propiedad de Don Manuel Antonio Pulido. Aquel hato era todo un Señorío, propiedad de un verdadero Señor Feudal como lo era Don Manuel Antonio Pulido. Allí a Páez le tocará trabajar como esclavo bajo el mando de un negro esclavista, de lo peor. y tendrá que adiestrarse en unas labores impensables para él y difíciles de concebir en el entorno de su niñez. Luego de trabajar en el hato La Calzada, pasa a trabajar en el hato El Pagüey, que también era propiedad de Pulido. Y allí dejó de ser peón y aprendió el negocio de la venta de ganado.

Siendo aún adolescente, se casó el 1 de julio de 1809 con Dominga Ortiz, dedicándose al comercio de ganado, aprendió el oficio del llanero y se convirtió en un jinete experto en el manejo del lazo y la lanza.

Como buen burgués, su fin último será enriquecerse, como el que más; alcanzando posiciones ¡Hasta que lo logró!

¡Aunque vio la luz en el suelo de la Capitanía, nació canario, y no español!

¡Más que patriota, fue un guerrero! ¡Fue un héroe, y no un traidor!

¡El centauro indómito al que no detendrán las talanqueras!

¡El venezolano prototipo que sobrevivirá en todas las Repúblicas!

¡Los demás, serán la excepción!

CAPÍTULO XIV

PÁEZ: EL TAITA...

Los Mantuanos, no eran nobles, eran españoles de “buena cuna” nacidos en América, los Blancos Criollos, los indianos: una aristocracia que ostentaba el poder económico conformando una oligarquía fundadora, que gobernaba la provincia de Caracas: “Los Amos del Valle”.

Los Nobles eran los Españoles Peninsulares pertenecientes a la realeza con títulos de nobleza heredados de España; otorgados por el Rey a algunos colonizadores con carácter hereditario. Marqueses y Condes, como: los Del Toro, los Ascanio, los Ibarra y otros.

En las otras provincias había la misma composición social, con marquesados y señoríos independientes, como los del Pumar y los Pulido, en Barinas. Casi autónomos. Que, al igual que Caracas, junto con sus pares y los de los mantuanos, se pronunciaron en rebeldía contra la corona de España, declarándose totalmente independientes en 1811.

Capitanía General cuyas circunstancias estaban en contexto con todo lo que sucedía en el imperio español y sus dominios en América, pertenecientes para ese momento al Imperio Napoleónico. Pero que seguía gobernada por la Real Audiencia de Santo Domingo como que si en España no sucediera nada. La cual se vio obligada a sofocar un alzamiento dirigido por esa aristocracia criolla que

aspiraba convertirse en una nación independiente gobernada por ellos mismos.

Sustentada filosóficamente en las ideas de la Ilustración aparecidas en las últimas décadas del siglo que termina, aflorando con furor con el advenimiento del nuevo siglo que le sigue.

Promovida por los “Grandes Cacao”, los fundadores, aunque entre sus protagonistas aparecen, por diferentes razones, personajes no mantuanos: Francisco de Miranda, Andrés Bello y otros. Pertenecientes a una “pardocracia” emergente más identificada con la aristocracia que con las castas de los pardos.

La Real Audiencia les hace frente y desde Puerto Rico envía una flota dirigida por expertos marinos, entre ellos un oficial de alta graduación, veterano de la guerra contra Napoleón apellidado Monteverde, que enfrenta a estos “patriotas” con una invasión desde Coro, en 1812, hasta derrotarlos.

Por su parte, en Barinas, se había creado un escuadrón de caballería al mando de Manuel Antonio Pulido del cual Páez formaría parte desde su creación. Culminada triunfante la invasión por Monteverde, el marino jefe de la expedición que lo trajo desde Puerto Rico, el capitán de fragata, Antonio Tíscar y Pedroza, es nombrado gobernador de Barinas. Páez “se cambia de bando, a sus órdenes”, con un desempeño que le hace acreedor a que se le ascienda a capitán de caballería.

Invasida la Venezuela de Monteverde por el Libertador en su Campaña Admirable, desde la Nueva Granada, el siguiente año, 2 de julio de 1813. Tíscar es derrotado en la batalla de Niquitao al mando de José Félix Ribas, Rafael Urdaneta y Juan Vicente Campo Elías; consiguiendo “retirarse hacia Nutrias y San Fernando de Apure donde pretendía reunirse con José Antonio Yáñez que, en su camino desde San Cristóbal, había vencido, en Guasqualito, al patriota Antonio Nicolás Briceño, el 15 de mayo de 1813, trasladándolo luego a Barinas donde fue fusilado en su presencia como gobernador.

Pero Tiscar no consigue reunirse con Yáñez y se embarca hacia Angostura, en la provincia de Guayana.

Páez avanza hasta la ciudad de Barinas, que había sido abandonada por los españoles “y tras rechazar su ascenso a capitán, regresó a las fuerzas republicanas de Pulido”.

En la lucha contra la Segunda República de Venezuela se destacarán los caudillos llaneros como Yáñez, Boves y Morales contra los intereses mantuanos que la revolución representaba. A partir de 1813 la guerra civil adquiere un carácter cada vez más sanginario, destacando los feroces conflictos étnicos y sociales desatados. Los líderes realistas simplemente ofrecieron botín y venganza a sus hombres para que los siguieran a las batallas. Yáñez rápidamente se apoderó de Apure para luego ir sobre Barinas con dos mil quinientos apureños y quinientos barineses.”

Yáñez sería derrotado, junto con Ceballos, en la Batalla de Araure, dirigida personalmente por el Libertador. A los pocos meses caería mortalmente herido por una bala en Ospino. Dejando la provincia de Barinas y su ejército en manos de su lugarteniente el coronel Sebastián de la Calzada. Quien se enseñoreará en Guasdalito, haciendo historia.

La Calzada participa en la Primera Batalla de Carabobo (28 de mayo) bajo las órdenes del capitán general Juan Manuel Cajigal y con él huye para Apure perseguido por Urdaneta tras la derrota. Refugiados en Villa del Pao, cerca de San Fernando de Apure, gracias al apoyo local y la intensa actividad de los oficiales reorganizaron a los batallones Numancia y Sagunto y reunieron a los llaneros dispersos. Fueron a Tinaquillo, donde supieron que José Tomás Boves había entrado en Valencia. Siguen a San Carlos hasta llegar a Valencia el 10 de julio, pero a causa de las desavenencias con Boves, Cajigal parte a Puerto Cabello y deja la división de Apure al mando de La Calzada. Este entrega refuerzos a Boves durante la emigración a Oriente. Luego es enviado a perseguir a Urdaneta quien marcha en busca de

refugio en Nueva Granada. La Calzada ocupa casi toda la provincia de Trujillo y derrota a Urdaneta en el combate de Mucuchíes (7 de septiembre), forzándolo a abandonar Mérida. Urdaneta llega el día 19 a Cúcuta, a salvo en tierras neogranadinas, mientras La Calzada permanece en Mérida hasta el 4 de noviembre.

Por orden de Cajigal sale para Barinas mientras el coronel Remigio Ramos queda en Mérida con setecientos soldados de guarnición. Se establece en Guasdualito, dedicándose a reunir tropas y caballos, en dos meses entrena a ochocientos llaneros para su división. El 25 de enero de 1815 sale a unirse a Ramos. Su fuerza se compone de los batallones de infantería Sagunto y Numancia (setecientos infantes y trescientos jinetes) y marcha por los montes de San Miguel y San Camilo, pero debe retroceder al llegar al Teteo, cerca de San Cristóbal, de vuelta a Guasdualito. Había sucedido que ochocientos patriotas al mando del comandante Francisco Olmedilla aprovecharon de salir de Cúcuta y atacar Guasdualito, la guarnición del coronel Miguel Briceño Pacheco, alias “el Cotudo” (ochocientos lanceros y cien carabineros) intenta huir a Cúcuta atacando al escuadrón de caballería del capitán de milicias José Antonio Páez, que bloqueaba esa ruta, pero son vencidos. La acción sucede el 29 de enero y significa ciento cincuenta muertos (incluidos varios buenos oficiales de caballería), doscientos setenta y cinco prisioneros (reclutados y enviados a Pore) y ciento cincuenta carabinas y trescientas lanzas capturadas. El resto se dispersó y solo Pacheco con veinticinco hombres llegaron a avisar a La Calzada.

Ramos estaba actuando en los valles de Cúcuta con mil doscientos hombres mientras esperaba a La Calzada, pero recibió órdenes de retirarse de La Calzada, ya debilitada su tropa por el hambre. El 7 de febrero iba a Barinas en busca de provisiones. La invasión de Casanare causó pánico entre los patriotas, el ejército de Centro de La Calzada y Ramos, era más de tres mil soldados y no podían detenerlos, pero al final no fue más que una incursión. Los realistas

habían vencido gracias a los enormes contingentes de indios, negros y mestizos de toda índole que movilizaron poniéndoles en contra de los blancos, autorizándolos para saquear, quemar y matar cuanto quisieran, pero que acabada la Segunda República de Venezuela eran incapaces de controlar. Por aquel entonces, el legítimo capitán general, Cajigal, permanecía encerrado en Puerto Cabello mientras el país era gobernado por Francisco Tomás Morales como comandante general del ejército de Barlovento (cargo inventado por Boves cuando se negó a obedecer a Cajigal) según la ley «de conquista» (la misma usada por Domingo de Monteverde).

Pablo Morillo lo puso al mando del primer batallón del regimiento de infantería de Numancia y le nombró brigadier. El 15 de mayo organiza una división de dos mil doscientos diez hombres organizados en el batallón Numancia comandando por el coronel José Tolrá y el mayor Ruperto Delgado González (quinientos ochenta y dos plazas), batallón Sagunto (seiscientos noventa y seis plazas), cuatro compañías de cazadores (trescientos noventa y nueve plazas), dos escuadrones de caballería (cuatrocientos noventa y tres plazas) y cuarenta artilleros con cuatro piezas de artillería.

Tras dejar setecientos hombres en Margarita, ochocientos en Cumaná y Barcelona, quinientos en La Guaira, ochocientos en Puerto Cabello y ochocientos en Calabozo al mando del brigadier Pascual del Real, Morillo le ordena a La Calzada salir de Guasqualito al mando de la quinta división (tres mil quinientas plazas y dos piezas de artillería) para amenazar Bogotá mientras Morillo asedia Cartagena de Indias (15 de junio). Entra en Casanare el 18 de octubre desde Barinas, siendo vencido en el banco de Chire por la infantería del coronel Joaquín Paris Ricaurte y cuatrocientos jinetes del comandante Miguel Guerrero, acción en la que participan dos escuadrones al mando de Páez y Ramón Nonato Pérez (30 de octubre). Tras resistir inicialmente la carga enemiga, la infantería realista fuerza a su rival a retroceder, pero la carga de los escuadrones

de Páez y Pérez por ambos flancos desorganiza a los monárquicos. La Calzada salva a su tropa organizando una disciplinada retirada. Decide evitar enfrentar nuevamente a Ricaurte y marcha a Pamplona, cerca de ahí sorprende en Chitagá al general de división Urdaneta, derrotándolo, pero quedando debilitado (25 de noviembre). En el páramo de Cachiri vence al brigadier Custodio García Rovira (21 de febrero de 1816). Entra con Morillo en Bogotá el 6 de mayo y en Barinas el 24 de diciembre. En 1817 avanza sobre el Bajo Apure y el 3 de septiembre vence en el Apurito al comandante Juan José Rebolledo, apoderándose de la comarca entre San Fernando de Apure y Camaguán.

Tras la batalla de Calabozo parte a unirse con Morillo en Valencia. El 14 de marzo participa en el asalto al Paso de La Cabrera, la victoria permite a los realistas recuperar los valles de Aragua y obliga a sus enemigos a retirarse a Angostura. Es enviado a Bogotá con el batallón Aragón. Tras la derrota realista en la batalla de Boyacá inicia la retirada a San Juan de Pasto el 9 de agosto de 1819. Recibe material de guerra desde Quito y el puerto de Tumaco por el mariscal Melchor Aymerich. Recupera Popayán el 24 de enero de 1820 con dos mil seguidores, pasando a enfrentar al general Manuel Valdés.

Tengo ya bastante adelantada mi división: su fuerza total ascenderá a dos mil hombres poco más o menos: mil trescientos con fusiles, ciento cincuenta de caballería, y las demás gentes sin armas, (...). 28 de diciembre de 1819, San Juan de Pasto. Carta de La Calzada a Sámano. En su ofensiva llegó a la ciudad de Cartago (Valle del Cauca), pero fue derrotado en Pitayó el 6 de junio de 1820, perdiendo la ciudad de Popayán.

Vuelve a Venezuela en 1821 durante la Campaña de Occidente, siendo segundo de Francisco Tomás Morales. Jefe de la guarnición de Puerto Cabello es el último defensor de la bandera real tras la capitulación de su comandante, hasta que el asalto de Páez le lleva a rendirse el 8 de noviembre de 1823. El coronel coriano Manuel

de Carrera y de la Colina resiste otros dos días en el Castillo San Felipe Liberado y evacuado en 1824 a Cuba no se sabe más de él, posiblemente murió poco después.

El resaltado en negrita, es nuestro. Páez se la tenía jurada. Su recluta en Guasdualito, y en todo el Alto Apure, fue inmisericorde: “Los realistas habían vencido gracias a los enormes contingentes de indios, negros y mestizos de toda índole que movilizaron poniéndoles en contra de los blancos, autorizándolos para saquear, quemar y matar cuanto quisieran, pero que acabada la Segunda República de Venezuela eran incapaces de controlar.”

Este contingente regresaría en 1816 al Alto Apure conjuntamente con el innumerable grupo de civiles, refugiándose en los hatos de Pablo Ponte quien supo liderarlos y reorganizarlos. Uniéndolos para terminar poniéndolos, al final, bajo el mando de su nuevo “Taita” José Antonio Páez.

CAPÍTULO XV

PÁEZ: ¿EL PRIMER VENEZOLANO?

Don Manuel Antonio Pulido fue un patriota cabal, que lideró el movimiento emancipador en su querida provincia de Barinas. Y esto lo convirtió en su referencia a nivel nacional. Además, Pulido le brindó apoyo al Libertador en su avance con la Campaña Admirable, que tenía como objetivo recuperar la República. Definitivamente tuvo don Manuel una participación muy intensa y de gran heroísmo. Formaría este un gran ejército al que se uniría gran parte de la gente que trabajaba para él.

Páez será uno de estos trabajadores, destacándose, por sus dotes de jinete, en la caballería. Ya era veterano en esas lides, en su interés de cuidar su pequeño patrimonio de la rapiña del ejército español y su robo del ganado para alimentar a sus tropas.

Sin una gran figuración y una vez perdida la Primera República, en 1812, Páez vio la oportunidad de enrolarse en el ejército español, como oficial de caballería, bajo el mando del nuevo gobernador de la provincia de Barinas, Antonio Tíscar y Pedroza, un marino español que se había hecho famoso por el apresamiento de las dos goletas que acompañaban al Leander en la primera incursión de Francisco de Miranda, en 1806.

En 1813, en plena Campaña Admirable, Tíscar después de ser derrotado en Niquitao; y habiendo abandonado, junto con los

demás españoles la ciudad, Páez la toma poniéndola a la orden del ejército libertador, pasándose de bando nuevamente, con otros combatientes, al mando del general Manuel Antonio Pulido, esta vez, como el nuevo gobernador de la provincia.

José Antonio Yáñez había logrado en Apure conformar un gran ejército de Pardos entre los que figura Pedro Camejo junto con otros grandes jinetes y lanceros. Perdida la Segunda República, en 1814, toma a Barinas erigiéndose gobernador, haciendo que Manuel Antonio Pulido huya a Curazao quien desde allí se dirige a Haití, en cumplimiento de una misión, y muere ahogado al naufragar su embarcación en 1817.

Páez había huido hacia los llanos del Casanare, en la Nueva Granada, refugio de los que en montoneras huían de la guerra. Reconocido ya, para ese entonces, por sus incipientes proezas, forma su propio comando guerrillero, con el que posteriormente terminará incorporándose definitivamente, al ejército libertador, con el grado de capitán de caballería, asumiendo el mando de una de sus compañías. A la que se incorporarán bajo su mando, a medida que van llegando, algunos de los oficiales derrotados en Urica, como fue el caso de los cinco hermanos Mujica.

Su fama seguirá en ascenso, sobresaliendo en Pore y en la Batalla de Chire bajo el mando de generales neogranadinos.

Cuando participa en la toma de Guasqualito por Olmedilla, Páez decide continuar con su plan personal y no regresa al Casanare. No deserta, pero se niega a seguir a Olmedilla que regresó a Pore con su “botín” de guerra. Poniendo como pretexto su compromiso con los habitantes de Guasqualito a quienes había jurado defender de las represalias que tomarían los españoles contra ellos en venganza a las actuaciones de Olmedilla. ¡Como en efecto sucedió!

Con Páez se había quedado, como máximo, un escuadrón de caballería, cien jinetes, y otros más que no pasarían de cincuenta, como ha registrado la historiografía. Pero el mismo Páez cuenta en

su autobiografía que los héroes de Guas dualito se contaban por el número de sus habitantes. Aunque no se sabrá el número de habitantes hábiles para la guerra que en ese entonces había en el poblado. Lo que, si es cierto, cuya información se cuenta hasta en estos días por la tradición oral "...que hasta las mujeres pelearon en la Mata de la Miel".

¡Tiene que haber sido así, porque el jefe español contaba con un ejército bien conformado por mil seiscientos hombres, hasta dotados de artillería!

Es lógico suponer que después de esta batalla por el amor manifiesto por aquel pueblo, aterrorizado y desvalido, Páez toma conciencia de su verdadero estatus: Un líder venerado y adorado como un padre: un Taita.

Sentimientos reforzados al reencontrarse con su viejo amigo Pablo Ponte quien había acogido en sus tierras aquel contingente de pardos que había perdido a sus líderes: los de Boves en Urica, y los de Yáñez en Barinas.

Así que será recibido con la misma pasión y frenesí por ese mismo pueblo, representado por sus líderes, ahora en la Trinidad de Orichuna, bajo el mando del otro capitán de caballería: Pablo Ponte.

Y así Páez se mantendrá conquistando posiciones, en su propio criterio, con un fin personalista, hasta más allá después de haber terminado la guerra.

Venezuela no existió como nación hasta cuando no fue reconocida como un territorio español que había conseguido su libertad, su independencia plena, del reino de España.

Después de la batalla naval de Maracaibo formará parte, como un departamento, de la república de Colombia.... Y no será hasta cuando, con la Constitución de 1830, nacerá como un Estado soberano e independiente, como resultado de una situación complejísima e indetenible, incalificable desde un criterio simplista, que contó con el oportuno pragmatismo de Páez quien ostentaba el poder de

las armas, para ese momento cuando “varias provincias de la Gran Colombia solicitaron ser excluidas del departamento de Colombia y ser admitidas a territorio venezolano o ecuatoriano, con el fin de tener la posibilidad de no admitir el mandato establecido, varios batallones se negaron a recibir órdenes por parte de Bogotá.

“A finales de 1829 una asamblea reunida en el convento de San Francisco en Caracas, desconoció la autoridad de Bolívar y del gobierno colombiano, y entrega el poder a Páez, quien en un oficio dirigido a Bolívar lo insta a aceptar la separación de Venezuela”.

“El Congreso Constituyente de Venezuela sancionó el 22 de septiembre de 1830 la Constitución que debía regir el nuevo Estado de Venezuela, la cual entró en vigencia el mismo mes”.

¡Páez surgiría como su primer y más importante ciudadano!

CAPÍTULO XVI

DESPUÉS DE CARABOBO...

Los verdaderos patriotas no contaban con regresar. Fueron a morir por la Patria.

Algunos, ni siquiera tenían por qué volver. No poseían nada: familia, hogar, todo lo habían sacrificado por la libertad.

Algunos continuaron la lucha y acompañaron a Páez a Puerto Cabello. Las Troperas se dirigieron a liberar Coro, bajo el mando de Josefa Camejo. Por lo que regresar a Apure era casi que un caso excepcional. Lo que sí era cierto era que el retorno después al terruño no había sido coordinado, ni siquiera previsto. Apure seguía siendo lo más lejos, el lugar seguro para los esclavos esconderse. No había vías de acceso de norte a sur; y sus ríos corrían paralelos al mar de oeste a este.

La mayoría siguió al Libertador, hasta alcanzar el Potosí, bajo el mando del que sería después el Gran Mariscal Sucre.

Para los que no suponemos un período, de por lo menos, de dos años de acomodo a la nueva realidad. El ejército se desbandó: saqueos; la anarquía; aquí me quedo. Un país rural, totalmente en ruinas.

“Durante este tiempo, comienzos de 1822, pululaban en el territorio venezolano, y especialmente en las zonas llaneras, numerosas guerrillas de bandoleros, restos de dispersas tropas realistas y

también desertores del ejército patriota que se dedicaron al pillaje de las poblaciones desguarnecidas.”

Es necesario volver a la normalidad: *manu militari*. Se crearon tres distritos militares; y Apure forma parte del Centro, junto con Caracas, Carabobo y Barinas, al mando de José Antonio Páez. Las arcas públicas están vacías. Solo queda esperar y aguantar. Los más afortunados serán auxiliados por gente caritativa, que nunca faltan.

Eso suponemos lo que pasó con el capitán de caballería Pablo Aponte que no hay registros sobre él durante este período.

Tres años después, se volverá a oír hablar de Apure: el Congreso de la República de Colombia emite un “Decreto Sobre Haberes Militares en Apure y Casanare”, el 26 de julio de 1823.

Las casas de los tres hatos de Don Pablo deben haber sido víctimas de este pillaje: que era lo único que quedaba; ya que, del ganado, se habían vaciado antes de Carabobo. Del capitán Pablo Aponte no se volvió a saber más, hasta 1826 cuando aparece en Mantecal reclamando la asistencia por parte del Estado por encontrarse en la indigencia.

Después de la batalla de Carabobo, José Cornelio Muñoz, volvió a su Apure natal donde fue recompensado con tierras, tal como dejó plasmado José Antonio Páez en su autobiografía:

“Después del triunfo de la Independencia, los hatos de la Provincia de Apure se habían repartido entre los valientes guerreros de aquel ejército que allí enterró con sus lanzas el despotismo español: de este modo recompensó la patria sus servicios, interesándolos al mismo tiempo en la prosperidad del territorio que habían conquistado heroicamente y defendido palmo a palmo con un valor y constancia a toda prueba. Allí pues tenía sus propiedades Cornelio Muñoz, bizarro jefe de mi antigua guardia”, Páez, José Antonio (1869). «XXVI». Autobiografía del general José Antonio Páez. Imprenta de Hallet y Breen. p. 299.

El Gobernador Subalterno de Rentas de la Provincia de Apure: El Benemérito José Cornelio Muñoz. Achaguas, para el 5 de mayo de 1826, estaba consciente de la extensión y legitimidad de las propiedades que tenía la familia Ponte en el estado Apure; herederos de Pedro Domingo de Ponte y Marín como era Don Mariano de Ponte y Ponte el padre de Don Pablo, quien por parte de su abuela también era de apellido Aponte y que la familia lo usaba indistintamente por el Ponte. - Aunque Don Pablo jamás se firmó Aponte, sino Ponte; como tampoco sostuvo que era caraqueño prefiriendo que la gente lo diera por apureño, como realmente lo era, pues había nacido en uno de los tres hatos. - Tragedia reflejada en el rencor manifiesto en los pleitos suscitados en el reclamo por sus abuelos y final reconocimiento de sus derechos hereditarios. Motivo por el cual, “Muñoz, como responsable del repartimiento de los haberes militares cuidó que se respetaran las tierras de Don Pablo que estaban representadas por tres hatos: Altagracia, Valedero y Barretero.” Interviniendo personalmente, contribuyendo en la querella que introdujera Don Pablo con el fin de que se le reconociera que estos habían quedado vacíos debido al uso que hiciera el ejército de su gran hacienda en su manutención durante la guerra.

Fue José Cornelio Muñoz quien se encargó que don José María Pulido interviniera personalmente en la sentencia final que permitiera el reconocimiento por parte de la República de la contribución del capitán Pablo Ponte en favor de la libertad de la Patria.

CAPÍTULO XVII

SAN VICENTE

El inmenso río se dirige mansamente hacia el Orinoco. No hay carameras, ni cotúas siguiendo la ribazón. Solo un enorme tronco que es arrastrado por las aguas hacia un meandro formado por enormes islas entre las dos orillas. En la del norte, no hay selva de galería, sino una vega con sus sembradíos de plátanos y yuca a su alrededor; y seguramente, más al interior, debe haber un sembradío de tabaco para el infaltable chimó. En la del sur, el puerto y paso del ganado de un caserío, donde se aprecian desde lejos las que un día fueron sus antiguas y bien guardadas mangas.

En cambio, más al Oeste, la ribera luce yerma, solitaria y deshabitada. Ya hace siglos que la selva de galería desapareció de su orilla que ahora es un barranco que se prolonga unas cuantas cuadras, sabana adentro. Terminando en un banco de sabana duro y sólido donde se levantan tres edificaciones con techo de palma real, que coronan unas paredes de bahareque, de un blanco impoluto que es proporcionado por la cal; rematadas en su base, con una franja azul, especie de un rodapié desproporcionadamente ancho.

La casa del medio, por su aspecto, debe ser la principal. Sus paredes hasta el techo insinúan seguridad. Con un pequeño porche en el centro del que se deduce sea la entrada de un zaguán.

Prologándose, de lado a lado, por un área techada que los llaneros suelen llamar: galerías.

Las otras dos edificaciones son dos caneyes grandes situados bilateralmente a cada lado de la casa principal, luciendo más grandes que ésta. Pero con una diferencia: sus paredes, escasamente, miden un metro de alto.

Conjunto que hace de epicentro de un área bordeada perimetralmente por una cerca de cuatro pelos de alambres de púas, fuertemente fijados, a unos pequeños horcones conocidos con el nombre de estantillos, con unos clavos, de doble puntas en U, llamados grampas

Separado de las casas por un piso de tierra de unos cincuenta metros de ancho, tan duro, que parece pavimento.

En la galería, a la derecha del porche, se encuentra sentado, en una mecedora de paletas, un anciano que luce centenario, quien aguarda adormilado que le traigan el almuerzo. ¡En un medio día sabanero de modorra total!

De repente, el tranquero que funge como un gran portón de entrada, desaparece entre una gran polvareda de donde surgen relinchos de caballos. Dos jinetes, desmontándose, remueven los palos de la talanquera dando paso a una compañía de soldados presidida por un capitán de parada, que penetra en el patio posicionándose en perfecta formación.

Seguidamente ubicándose delante de ellos, equidistante y en el centro, montado en un brioso corcel rucio, se coloca un elegante oficial que viste los colores de la República. Es un noble mantuano de la oligarquía conservadora barinesa que se enroló contra su misma clase, junto a los Pulido y los hijos del Marqués, en la pasada guerra de independencia.

El anciano sorprendido; y como puede, se levanta de la mecedora de paletas que lo mecía pausadamente. Apoyándose como puede, y con una parsimonia abismal logra pararse delante del corcel: Se cuadra firme y, soltando el bastón, se lleva su temblorosa mano

derecha a la altura de la cien, para gritar con la poca fuerza que le queda: — ¡Ordene usted mi general!

El oficial como respuesta, esgrimiendo su espada ordena con una voz de trueno:

— ¡Desenvainen!

Y llevando el dorso de la afilada arma frente a su rostro, ordena:

— ¡PRESENTEN ARMAS!

Resplandeciendo, una vez más, los sagrados sables de la gloria, en la infinita sabana libertaria.

— Mi capitán, reciba usted los honores y el saludo de todos los que ostentamos el sagrado galardón de

LA ORDEN DE LOS LIBERTADORES DE LA PATRIA

De espaldas al tranquero y de frente al anciano que todavía duerme profundamente, una india con una bandeja en las manos, insiste angustiada en despertarlo.

El anciano lucía inmóvil con la cabeza hacia atrás y la boca abierta. Con las puntas de las paletas, del espaldar de la mecedora, encajadas en su arrugada nuca.

— ¡Don Pablo! ¡Don Pablo! Despiértese, despiértese. Que se le enfría la comida.

Una mujer alarmada por los gritos se asoma por una de las ventanas.

— ¡Ay, Dios! Trae el espejo pa' ve si está respirando. No se le siente el pulso. Aunque está caliente todavía...

Después de un rato, y un buen susto, el venerable anciano vuelve en sí:

— ¿Qué pasó?

La joven, con una sonrisa que enciende su rostro pálido, amarillento, por el susto, gesticulando alborozada, exclama:

— Que aquí está el almuerzo pa' que coma.

— ¡Muchacha! Me despertaste de un sueño del que nunca hubiera querido despertar.

El anciano se incorpora, y dos gruesas lágrimas caen, de sus empañados ojos, en el plato donde resalta, sobre el blanco de la yuca y del arroz, la carne frita preparada con esmero, a la mejor usanza llanera.

CAPÍTULO XVIII

DON JOSÉ MARÍA PULIDO Y PUMAR.

El comandante José María Pulido Pumar, por su valentía y gran coraje tuvo el privilegio de formar parte de los 150 valientes que combatieron en la célebre batalla de las Queseras del Medio, formó parte del escuadrón Bravos de Apure. Siguió ascendiendo hasta llegar a teniente coronel.

En una de las tantas refriegas con el enemigo en la región de Apure, José María recibió una herida con arma de fuego, y desde entonces, llevó incrustada en su cuerpo una bala que jamás llegó a extraérsele; cosa que le produjo serias molestias que influyeron para que solicitara su retiro del ejército, luego de la segunda batalla de Carabobo.

Recibió de manos del general Rafael Urdaneta su sable de mando, por salvarle la vida en pleno campo de batalla como muestra de gratitud, agradecimiento y reconocimiento a su valor y gallardía.”

“El Comandante José María Pulido contrajo matrimonio con la señorita Francisca Leighton, y se dedicó a las actividades del campo, en su hato El Totumo, donde falleció en 1831”

LISTA DE LOS GENERALES; JEFES Y PERSONAS NOTABLES QUE RECUERDA PÁEZ LO ACOMPAÑARON Y ESTUVIERON BAJO SUS ÓRDENES EN LA TRINIDAD

DE ARICHUNA, BATALLA DEL YAGUAL Y TOMA DE ACHAGUAS.

GENERALES

Rafael Urdaneta

Manuel Roergas de Servier

CORONELES

Francisco de Paula Santander

Miguel Valdés (muy enfermo)

Juan Antonio Paredes

Miguel Guerrero

N. Vergara

Miguel Castejón

Manuel Manrique, Jefe de Estado Mayor

N. Concha

Presbítero José Félix Blanco

TENIENTES CORONELES

Tomás Montilla

Antonio Morales

José María Carreño

COMANDANTES

N. Carrillo

Rafael Ortega

Hermenegildo Muxica

CAPITANES

José María Monzón

José María Pulido

Juan A. Romero

Juan Antonio Echazú
Antonio Romero
Francisco A. Salazar
Pedro Gavidia
José Francisco Hurtado
Carmelo Polanco
Esteban Quero
Vicente Gallardo
Manuel Arráiz
Pablo Aponte
José María Angulo
León Ferrer
Miguel Lara
Juan J. Méndez
N. Manzaneda
José Andrés Elorza
Francisco Farfán
Juan P. Farfán
Guillermo Iribarren
José Alejo Acosta
Nonato Pérez

TENIENTES

José Antonio Muxica
José Córdova (después célebre general)

HOMBRES DE LETRAS Y PAISANOS

Dr. Nicolás Pumar (venezolano)
Dr. Fernando Serrano (gobernador de Pamplona)
Dr. Juan Briceño (venezolano)
Dr. Francisco Javier Yáñez (cubano)
Dr. Miguel Palacios (venezolano)

Dr. José María Salazar (auditor de guerra granadino)
Dr. Pablo Pacheco (venezolano)
Sr. Pedro Arrublas (granadino)
Sr. Antonio Uzcátegui (trujillano)
Sr. Lorenzo Uzcátegui (trujillano)
Sr. Alonzo Uzcátegui (trujillano)
Sr. Indalecio Briceño (trujillano)
Sr. Ignacio Briceño (trujillano)
Sr. Pablo Pulido (trujillano)
Sr. Pedro Chávez (venezolano)
Sr. Luis Delgado (trujillano)
Sr. Juan Palacios (venezolano)
Sr. Rafael Gallardo (venezolano)
Sr. Francisco de Paula Navas
Sr. José Manuel Méndez (trujillano)
Sr. Cristóbal Orzua (trujillano)
Mr. Carlos Castelli (francés)
Mr. Senevier (francés)
Mr. L. Girardot (francés)

SACERDOTES

Dr. Ramón Méndez (después Arzobispo de Caracas)
Dr. Antonio María Briceño
Presbítero N. Santander
Presbítero N. Becerra
Presbítero N. Pardo
Presbítero N. Manzaneda
Presbítero Félix Sosa
Presbítero Miguel Palacios
Presbítero Trinidad Travieso
Presbítero N. Ovalles
Presbítero N. Castelos
Presbítero Domingo Antonio Vargas.

Fuente:

Los muxica guariqueños de la independencia,

Carlos Alfonso Vaz, páginas 96 a 98.

Editorial “los llanos”, 1982

Don Pablo y el Comandante José María Pulido se conocían mucho antes de ser compañeros de luchas bajo el mando de José Antonio Páez, remontándose a la relación que existía entre las familias Ponte y Pulido, como terratenientes de la zona, en la época de la Colonia.

A esta familia Leitongh pertenecía José Bocaranda Leitongh, casado con una sobrina de mi mamá: Celina Stella Pérez, Hija de mi tía Carmen Pérez Quiroz. Era oriundo de Boconó, estado Trujillo. Sus padres y tíos fueron importantes comerciantes en Guasdalito, y fue Cónsul de Venezuela, en Arauca.

CAPITULO XIX

JOSÉ ANDRÉS ELORZA

—Mi coronel, ya armamos totalmente el campamento. ¡Todo quedó listo!

— ¿Qué se sabe del general Concha?

—Nada todavía. Pero como él viene desde el norte, por el Pagüey, no hay avistamiento de su embarcación hasta que no salga por la desembocadura en el Apure por donde vinimos nosotros desde Puerto de Nutrias.

Asintiendo el coronel José Andrés Elorza:

—Nuestro encuentro está pautado en San Vicente, pero me han informado que don Pablo se encuentra por los lados de los Potreritos Barreteros, que son parte de una propiedad que él tiene ahí, desde hace mucho tiempo, un poco más arriba, por el río. Salimos después del desayuno ¡Hay que apurarse, ya son más de las nueve!

—Mi coronel, su escolta ya está lista y luciendo las mejores galas, como usted lo ordenó.

—Muy bien capitán, pero no son mis órdenes, son las órdenes expresas del mismísimo comandante José María Pulido, gobernador intendencial del departamento Orinoco, como señal de respeto al saludar "... a un gran venezolano a quien la Patria le debe todo."

— ¿A mi general Concha?

—No, esta vez se trata del capitán Pablo Ponte

El capitán, sin comprender bien lo que acaba de escuchar, interrumpe al prócer.

—Perdone mi coronel, se aproxima una caballería del otro escuadrón.

El oficial recién llegado, con aires de no tener tiempo que perder, bajándose de su caballo se dirige al imponente jinete:

—Mi coronel, permiso para hablar con usted.

...Y con una venia, continúa:

—El señor general Concha ha tenido un retraso en su misión por el río Santo Domingo, teniendo que cancelar la reunión que tenían pactada. Por lo que lamenta no poder acompañarlo. “Que los espera en su hato, que está en el camino, donde los invita a pernoctar.”

—Entendido capitán, dígame que pronto nos veremos en esa.

—Si mi coronel, pero tenemos órdenes de quedarnos con usted para reforzar su escolta.

Horas después, con el sol todavía en el zenit, el coronel Elorza, con su reluciente uniforme de gala, volteándose, divisa desde su corcel el torrentoso río Apure, en cuya orilla se alcanzan ver algunas casas del caserío de San Vicente. Destacándose las mangas de palo a pique que han servido de guía al paso del ganado desde los tiempos de la Colonia.

Ya en la corraleja del paradero distingue en su mecedora al insigne capitán. Al acercarse queda estupefacto: Luce mucho mayor de lo que se imaginaba. Del otrora guerrero corpulento, solo queda un ser frágil y encorvado.

Erguido y marcialmente firme saluda al legendario centauro.

—Aponte, soy Elorza. Que vengo de parte del general Cornelio Muñoz, para escoltarte hasta Barinas. Acompañado del Fiscal Juan Bautista Olavide para finiquitar tu caso definitivamente.

— ¿Y cómo es que se acordó de mí?

—Él siempre se acuerda de ti, como todos nosotros, tus compañeros de armas; pero la burocracia camina a paso de morrocoy. Pero no se ha perdido ni un momento en las gestiones, lográndose que la mayoría de nosotros haya podido declarar a tu favor, durante todo este tiempo.

—Bueno, podría decirse que Muñoz me escondió aquí. Aunque a decir verdad me salvó la vida, al rescatarme de la entrada de la catedral de Achaguas donde estuve a punto de pedir limosna. Debe haber sido obra del Nazareno, aunque yo nunca fui muy devoto como lo son él y José Antonio.

—Fue el día en que bautizó a mi nieto Cornelio, el hijo de mi hijo Mariano. En un bautizo colectivo que él como gobernador acostumbraba hacer una vez al año. El muchacho ya se estaba haciendo grande y no lo habían bautizado todavía. Eso fue en el año 1827. Mariano le había pedido una audiencia al presidente Muñoz y este le dijo que se verían en la iglesia ese domingo y que me invitara a mí, que quería hablar conmigo. Él estaba preocupado porque estaba trabajando sobre lo de conseguir la pensión que me asignara el Congreso de Bogotá y él sabía que no había salido todavía, empantanada por la burocracia. Es ahí donde Mariano le propone que apadrine a su hijo y Muñoz acepta, y le ponen José Cornelio, su mismo nombre.

Terminada la ceremonia Muñoz me manda a llamar en el presidio cerca del altar donde estaba sentado y me explicó los infructuosos esfuerzos que había hecho para agilizar el trámite de mi pensión pero que se tardaba más de la cuenta. Considerando mi penosa situación que le habían manifestado que había “quedado reducido a la mendicidad”, me hizo trasladar hasta esta propiedad que estaba al cuidado de la gobernación, y que él sabía que era mía; además, que estaba más cerca de Barinas donde saldría la resolución de mi caso, pero ya voy para dos años esperando y nadie me ha dicho nada

todavía. Si no fuera porque Mariano está pendiente de pasar por acá, me hubiera muerto de la tristeza.

—Pero mi capitán, es por su intermediación que me encuentro aquí; y vengo de parte del gobernador intendencial José María Pulido, nuestro amigo y compañero de luchas, con órdenes de trasladarlo a la ciudad de Barinas. Hasta había comisionado, para que lo acompañara, al general Concha que tuvo que regresar por razones de Estado, con el compromiso de hospedarlo en su ható mientras llega el día de la entrevista con el Gobernador Pulido.

—Por otra parte, ha enviado al mismo Procurador Olavide, aquí presente, para que lo asesore y lo represente en la Audiencia.

—A propósito, mi capitán: ¿Cuánto hace, realmente, desde cuando conoció al general Muñoz?

—Desde que era un muchacho, soldado raso. Siempre presto, siempre leal, ascendiendo vertiginosamente. Empezó desde muy joven, aunque sin resentimientos como yo, que aprendí desde niño a odiar a esos godos caraqueños que eran malos de verdad. A la abuela de mi papá, de quien mi abuelo heredó estas tierras, no hubo lo que no le hicieron, por pura envidia y ambición.

—Tanto él como Páez, ya que Muñoz a los quince años ya era una gran jinete y buen coleador de a pie, no faltaban en los trabajos de llano en esos hatos “ponteros”. Faenas a las que ellos acudían como que si fueran a una feria.

—Dejándonos ver, por un tiempo, después de 1808, que me fui a Caracas a llevar a mi mujer y a mi pequeño hijo Mariano de tres años. Con el que si tuve contacto en ese tiempo fue con Páez, quien compraba y vendía ganado y trabajaba con don Manuel Pulido en el ható La Calzada. Precisamente nos separamos aquí en el Paso de San Vicente porque él siguió directo para el ható y yo para el centro por Ciudad de Nutrias. Aquí lo estaba esperando una remonta que había mandado el general Pulido. Páez le traía una madrina como de cien caballos para su ejército independentista que había

formado en Barinas donde todos eran patriotas: desde los hijos del marqués pa' abajo.

—Después del estallido de la guerra civil entre los criollos patriotas y los criollos que todavía apoyaban al Rey, en 1812, dejé a Caracas y regresé al llano, como todos los demás terratenientes, para conformar nuestros propios ejércitos ante el temor de la pérdida de nuestras tierras. Esta vez sin contar con Muñoz quien había sido de gran ayuda apoyándome en la conformación de ese ejército. Destacándose por su liderazgo y don de mando. Cuando volví, ya no estaba, hasta que nos volvimos a encontrar en Guasdalito, en 1816, donde servía bajo las órdenes del capitán José Antonio Páez, en la ocasión cuando me alisté bajo su mando, con todo mi ejército particular con el grado de capitán de caballería. Incluyendo mis esclavos a quien les di la libertad antes de enrolarlos. El mismo ejército con el que estuve alzado desde año 1813 en las inmediaciones de Mantecal y el cual Muñoz había ayudado a formar, siendo aún un muchacho.

—Desde Guasdalito nos trasladamos hasta Orichuna, donde fui el anfitrión, de la nueva junta de gobierno recién creada bajo el mando supremo de José Antonio Páez.

Después de Orichuna, peleamos juntos en El Yagual, Mucuritas y Las Queseras del Medio. Pero más que todo yo me encargué oficialmente del mando del ejército civil que se vio inmensamente agrandado con la inmigración en masa que nos vino desde la Nueva Granada, huyendo de los lugartenientes de Morillo. Encargándome de su manutención, acampándolos en los terrenos de nuestros hatos, los cuales quedaron totalmente vacíos después de la Batalla de Carabobo. Solo del Barretero se esfumaron miles de reses y bestias. Hasta las incontables manadas de chigüires desaparecieron. ¡No quedó ni uno!

—No pedimos reconocimientos, pero no se pueden omitir hechos históricos de tanta importancia. ¡Dígame si hacemos referencias

al caso de Las Troperas! La ingratitud con ellas es más criticable que la de con nosotros. La oligarquía, agrandada, y revuelta, con los nuevos héroes, medró prebendas que ni siquiera les correspondían. Una vez que se apoderó del país, junto con Páez, se repartieron las tierras, como haberes militares entre un grupito, los más avispados e inescrupulosos, quienes resultaron más ambiciosos que la oligarquía tradicional; dejando a la mayoría por fuera de lo decretado por el Libertador. Para mí que había quedado en la indigencia, trabajando después de viejo para mantenerme, me ha costado un mundo conseguir la pensión que me aprobó el congreso de la Gran Colombia, — y que nunca me dieron. Parte de las tierras se salvaron por la intervención decidida de Cornelio Muñoz, desde su posición de presidente.

—Pero usted era su amigo.

—Usted lo ha dicho: era... Como también lo era de Páez. Pero como todo, cuando se acaba el interés, se acaba la amistad. Aunque él me trajo aquí, volviéndome a la vida. Pero me siento muy solo que es peor que cualquier calamidad.

—No diga eso mi capitán, que usted no se imagina lo que hemos estado haciendo a su favor; y mejor, hágame parte de sus infinitas hazañas y aquellas que compartió personalmente con mi comandante en jefe y mi general Cornelio Muñoz... Después de Carabobo, solo se oía hablar de Muñoz y de usted. Los más grandes héroes del gran batallón Apure, inmortalizados en Boyacá y finalmente en Carabobo.

—Pero ninguno de los dos peleamos en Boyacá. Yo tuve que quedarme preparando la logística de la gran Campaña Final que nos daría la libertad.

—A propósito, Don Pablo, cuénteme en detalles lo que significó para usted la ardua preparación y logro del mantenimiento de las tropas para la Campaña de Carabobo que usted llama la Batalla Final.

—Usted se puede imaginar lo que significaba mantener aquel gentío. En poco tiempo del hato El Yagual no quedó sino la tierra.

Después, uno de mis tres hatos: Alta gracia, la misma cosa. El ganado realengo que se cazaba en el sur del Río Arauca, desapareció como por encanto.

—Con respecto a la Campaña de Carabobo, eso no fue solo obra mía, eso se debió en mucho a la tenacidad y valentía del más grande ejército que jamás tuvo la República y que yo tuve en suerte en comandar: el ejército civil de las Aguerridas Mujeres de la Patria: Las Troperas.

—A nosotros los llaneros del ejército apureño nos llaman los centauros, un nombre que nos puso Morillo justificándose porque no nos pudo derrotar, pero las mujeres venezolanas fueron realmente las verdaderas primeras centauras de nuestra patria. Antes de llegar los españoles con sus caballos a tierra firme, ellas ya habían domado las dantas y se desplazaban sobre ellas por esos montes. Los tapires tienen la cabeza relativamente pequeña con respecto a su cuerpo de paquidermo, con un cuello corto que desaparecía entre las piernas de las Amazonas. Pareciendo desde lejos que fuera un cuadrúpedo con el torso de una mujer que lucía del mismo color, ya que se cubrían la piel con ceniza. Su avistamiento, según parece, era común al sur de la serranía de Coro, zona donde nació Páez. Nosotros después de comer nos sentábamos alrededor de la fogata donde se había asado la carne, y Rosendo Rosales que era un cuentacuentos, “más embustero que una romana de palos” y que hasta se “escondía en la sombra de un guaral”; decía que había escuchado a José Antonio referirse al tema... Yo eso no lo puedo asegurar, pero debe ser verdad.

—La historia que sí le escuché se refería al cacique de la región que se llamaba Manaure y que tenía un harén donde había una laguna de polvo de oro donde sus mujeres, a las que los Welsers llamaban “las ninfas del bosque”, bautizaban a sus hijos, exhibiéndolos con los brazos en alto, montadas sobre unas dantas.

CAPITULO XX

“LAS TROPERAS”

—*¡Cuénteme, Don Pablo!*

—Mi sable se bañó de sangre española en El Yagual, Mucuritas y en Las Queseras del Medio. Pero sin esas mujeres de mi ejército particular nada se hubiera logrado. En Mucuritas, no se diga; lo mismo en Carabobo. Muñoz y yo siempre estuvimos bajo su protección, allanándonos el camino. Pero como todo, en Venezuela parece que hay gente interesada en que no se hable de ellas.

—Librar una batalla no significa uniformarse y pelear. La batalla empieza en las mantas del soldado, si es que pudo dormir la noche anterior; en las caricias de su mujer, que lo anima y le transmite su valor. En estas tierras tan palúdicas, antes de librar una batalla primero había que sudar la calentura.

—Para ganar una batalla hay que prepararse bien en los días previos, y eso depende de la mujer que cuida a su soldado; la que le sirve la comida calientica y bien preparada; ya sea su esposo, o su amante. Una mujer, lidiando junto con las demás vicisitudes, que para hacer eso tenía que tener sus hijos a su lado y estar pendiente de ellos también. Para su protección directa; aunque fuera para tan solo verlos, que con eso se conformaba y se tranquilizaba.

—Luego, en medio del fragor de la batalla, no es cualquier cosa para un soldado ver al lado a su mujer que pelea con mayor arrojo

y amor patrio que él. Hay que ver una fiera con falda, machete en mano, con sus bellos muslos ensangrentados con la sangre enemiga que ella misma derramó. Manos de amor convertidas hoy en ejecutoras de la justicia. Por cada hombre en batalla, en cada encuentro había una mujer que valía por tres.

—No usaban lanzas de guafilla porque les resultaban muy pesadas, por lo que les dio por usar flechas de caña brava, que las transportaban en burros cargados de lado a lado en unas sillas de maderas especiales formadas por dos ángulos, uno por cada lado, que los llenaban hasta el tope. Esas que algunos llaman jamugas de cargas, equivocadamente. La que comandaba nuestro regimiento se puso por nombre “La Barretera” ante quien los españoles huían despavoridos antes de hacerle frente.

—Cuando Páez me dejó en Achaguas, al mando de este gran ejército, — “dejé a Ponte a cargo del ejército”, — apareció un indio un poco extraño que las mujeres se lo apropiaron para ellas solas. Se pasaban todo el día templando unas sogas delgaditas del grueso de una cabuya. Cuando no desaparecían en los montes, cortando varas de cubarro, para hacer los arcos. En las noches y en “secreto” se ponían a sacarle puntas a las cañas bravas con una muesca en el otro extremo, las que iban amontonando cada una hasta cargar su burro. Yo no las llegué a contar, pero yo le calculo unas doscientas cañas bravas por cada lado. Le tenían una seña a los burros que los hacía caminar rapidito. ¡Sabe Dios qué marramuncia sería!

—Sin restarle mérito a las hazañas del catire José Antonio, esos retrocesos de “vuelvan riendas” tenían mucho que ver con la espera de estas arqueras que esperaban agazapadas en los pajonales a los perseguidores. Actos que no han sido contados como fueron, debe ser porque son mujeres y por complejo.

—En Mucuritas, sin que estuviéramos compitiendo, Muñoz y yo, seguíamos la matazón con el rabillo del ojo contando a quienes caían dando vueltas entre las patas de nuestros caballos. Mientras

las mujeres los iban matando frente a nosotros con sus terribles “jabalinas”. Yo estoy seguro que Páez no ignoraba el hecho, del todo, aunque no hiciera referencia de ello en ninguna parte. Ni tampoco de Muñoz. Yo creo que en el fondo sentía celos, ya que, como guerrero, brillaba mucho más que él.

—Este ejército, realmente tuvo su origen en las brigadas particulares que nosotros los hacendados formamos, con el fin de proteger nuestras propiedades, que después se integrarían a la campaña independentista, propiamente dicha. Las cuales estaban compuestas por la peonada del hato y de sus mujeres; como por indios y negros esclavos escapados.

—Mujeres que tuvieron que enrolarse, definitivamente, en la Campaña de Boyacá, porque se llevaría a cabo en otro país, muy distante, en la Nueva Granada y por el tiempo indefinido que podrían durar sus maridos en ésa. A quienes, una vez allí, las bautizaron con el nombre de “Las Juanas”, comparándolas con Juana de Arcos.

—Fue tan fulgurante y determinante su actuación que la historiografía colombiana, al contrario de la venezolana, las recuerda con la misma consideración que la de sus más grandes héroes.

—Como un homenaje a estas valerosas mujeres el poeta Luis Caropresse, presidente de la Academia de la Historia de Arauca, “compuso una Oda Heroica, tratando de hacerles justicia toda vez que es muy poco lo que dice la historia oficial al respecto.”

Fuente:

Eduardo Montilla Trejos, “espulones de oro”,
2019. Páginas 83 a la 85

LAS JUANAS DE LA INDEPENDENCIA

¡Las Juanas ved! Las de la independencia,
Las que esfuma la historia,
Las heroínas de la gesta libertaria, las troperas anónimas...

¡Van las Juanas!

Por senderos, por trochas; por caminos agrestes,
Por pantanos;

Detrás de sus hombres, de sus hijos,
De las banderas patrias,

¡Van las Juanas!

Esgrimen el valor por lanza en ristre,
El corazón por escudo y en el ánimo
El ansia de servir la justa causa
Que hará libre al Nuevo Reino de Granada.

A pie, desde Apure, llano adentro,
Hollando las planicies inundadas,
Surcan por Arichuna y Guasqualito,
Para abordar por Cañafístula, el Arauca.

Aquel cuatro de junio inolvidable
Desafiando sus corrientes impetuosas,
Pobladas de caribes y caimanes,
Agarradas a las crines de un caballo
En botes de cuero improvisados,
Y cuando más, en el vientre receloso
De una nativa y rústica curiara.
Con su fe firme en el Dios de los ejércitos,
Ajenas al temor,

¡Cruzan las Juanas!

Ya en territorio granadino se abren paso
Por “rabanales” y esteros inundados,

Con el agua a la cintura y oteando
Las matas de monte, cuyo suelo
Permita encender fuego y, al fin, viandas
Calientes dar a los batallones exhaustos y mojados;
Cual la mata homónima, que guarda la tradición,
Donde impotente lloró Marrero a causa de la plaga.

Y apresurando la marcha, a retaguardia,
Con sus trebejos impávidos esguazan
El Cuiloto y el Cravo y a Betoyes
Con las tropas y sin flaquear,
¡Llegan las Juanas!
El 12 y 13 el patrio ejército,
Al mando de Bolívar, entra a Tame
Y allí se unen las heroicas tropas
Que con Mariño y Santander presentan armas
Y con jolgorio, baile y comilona
“Cuna de la Libertad” le consagraron.

Ya unidos los ejércitos prosiguen
Su periplo inmortal por Casanare:
San Salvador, La Yegüera, Cordero, Chire,
Moreno y Pore, capital ésta del gobierno provisorio
Que el hombre de las leyes,
Para preservar la hegemonía de la unión federativa,
En 1818 decretara.
De allí, luego, hacia el páramo de Pisba,
Con el fuego del coraje por abrigo
Y cerrando la marcha,
¡Van las Juanas!
En la fragosa escalada hacia la cumbre,
Entre la niebla, la llovizna y entre el fango,
Bordeando los abismos, ateridas y presas del soroche

Algunas de ellas, por el vértigo, al cantil se despeñaron.

Pero las más salvaron todo obstáculo
Ya en los campos boyacenses fueron hábiles
Enfermeras, cocineras y “modistas”,
Cosiendo ropas a sus descamisados
E ir al frente intentaron, más entonces,
Al sexo débil combatir le era vedado.

Más pese a todo, de varón vestidas,
A la vanguardia algunas se colaron,
Como el jinete que cruzado el pecho,
Por un balazo cayó y al auxiliarlo,
El enfermero, grito, con desconcierto,
¡No es este un hombre, es una mujer la que han matado!
¿Quién podría ser capaz de tal arrojo?
Muy fácil deducirlo:
¡Era un Juana!
Por eso un ramo de laurel debemos
Poner sobre sus tumbas silentes e ignoradas,
Ya que la historia oficial nunca ha tenido
¡Por prioridad nombrarlas en sus páginas!
Puesto que, para exaltación de los humildes,
Mezquina ha sido, reticente y ágrafa.

O’ Leary se referirá a ellas en los siguientes términos:

“Como las tropas estaban casi desnudas y la mayor parte de ellas eran naturales de los ardientes llanos, es más fácil concebir que describir sus crueles padecimientos. Al día siguiente franquearon el páramo mismo, lúgubre e inhospitalario desierto, desprovisto de toda vegetación a causa de la altura”

“El efecto del aire frío y penetrante fue fatal para muchos soldados; en la marcha caían repentinamente enfermos y a los pocos minutos espiraban. La flagelación se aplicó con buen éxito en

algunos casos para redimir a los emparamados, logrando salvar la vida a un coronel de caballería, gracias a una paliza que le dio un soldado con una verga de toro. Ese mismo día me llamó la atención un grupo de soldados que se había reunido cerca del sitio donde estaba recostado yo por la fatiga. Y viéndolos afanados pregunté a uno de ellos qué ocurría. Contestome que la mujer de un soldado de caballería estaba con dolores de parto.”

“A la mañana siguiente, vi a la misma mujer con el recién nacido en los brazos y aparentemente en buen estado de salud, marchando a retaguardia del batallón. Después del parto había andado unas dos leguas por uno de los peores caminos de la lucha hacia la libertad,”

CAPITULO XXI

“PROTOCOLO DE MANTECAL”

“El general Páez al referirse a las medidas que tomara antes de la Batalla del Yagual, dice que dejó a los refugiados en los *médanos de Araguayuna bajo la custodia de hombres* escogidos, al mando del capitán Pablo Aponte (léase Ponte)” (Sic)

“El día 12 de octubre de 1825, este mismo capitán Pablo Ponte, por encontrarse en edad muy avanzada y ‘trabajando personalmente para mantenerse’ asistido por su apoderado José María González, instruye un pedimento reclamando merecida reivindicación de los daños materiales que le ocasionara la guerra de independencia. Invoca testimonios de compañeros de armas y acompaña al Justificativo dos declaraciones de su antiguo jefe, el general José Antonio Páez, para entonces comandante militar de Venezuela. Los extremados detalles procesales del histórico Justificativo, quedan inconclusos después de cuatro años de por ante el Alcalde Ordinario del Cantón de Mantecal, el expediente es trasladado a la ciudad de Achaguas, para aquella época capital de la provincia de Apure. Y allí, el 24 de abril de 1826, el Gobernador Subalterno José Cornelio Muñoz, pasa las actuaciones a conocimiento de Juan Bautista Olavide, Fiscal de la Renta Interna. Este pone reparos al procedimiento al señalar que los declarantes no han sido previamente citados por el Corregidor del Mantecal y porque los testigos no señalan con exactitud la cantidad de animales en reclamación.”

“Olavide ordena la ratificación del Justificativo por ante el Gobernador de la Provincia, hecho lo cual, nombra una comisión

de peritos que debe encargarse del avalúo de los daños en referencia. Esta comisión, compuesta por el muy noble coronel Andrés Elorza y el Sargento Mayor Juan José Méndez, sostiene que a Pablo Ponte ha de pagársele el cinco por uno sobre los daños indicados: porque los miembros de la comisión habían presenciado las continuadas extracciones de ganado en los hatos del reclamante, porque también les constaba de los desórdenes que cometieron los realistas en Apure y por los muchos méritos del capitán Pablo Ponte.”

“El 31 de mayo de 1826, el Gobernador Muñoz hace constar que está suficientemente justificado el pago de las reivindicaciones solicitadas por el anciano capitán y, en consecuencia, ordena que se le devuelva la documentación ‘para que ocurra a la Comisión de Liquidación de Bogotá tomando razón para ello la Tesorería.’”

“La vejez y las dificultades para viajar desde Mantecal a Bogotá, probablemente obligan al desvalido benefactor llanero a paraliza sus gestiones hasta el mes de marzo de 1829. En el citado año puede trasladarse a la ciudad de Barinas, capital del Departamento Orinoco. Allí ratifica su pedimento asistido por el Fiscal Juan Bautista Olavide y el Gobernador Intendencial, teniente coronel José María Pulido, emite favorable resolución y ordena a Muñoz que actúe en consecuencia. Regresa Ponte a la ciudad de Achaguas y el 29 de mayo de 1829, Olavide en una actuación referente al otrora dueño de una gran fortuna, entre otras consideraciones, dice: ‘ha quedado reducido a la mendicidad.’”

“La reclamación, aprobada por el Gobernador Intendencial, por el Gobernador Subalterno de Apure y sustanciada con valiosos testimonios, incluso dos del general José Antonio Páez, es devuelta para tercera ratificación, ahora por ante capitán de caballería Don Vicente Henríquez, corregidor del cantón de Mantecal.”

“El cumplimiento de mínimos detalles procesales no ha de tomarse como una maniobra dilatoria por parte de los funcionarios intervinientes. En este efectivo caso legal se pone de manifiesto la

rectitud de aquellas autoridades que no se dejan influenciar por declaraciones de un testigo tan calificado como el general Páez y ni siquiera por sentimientos de afecto que bien les merecía tan conocido compañero de sacrificio.”

“Después de las declaraciones finales de Florentino Sandoval y Joaquín de León, en el original compulsado, a renglón seguido, quedó página y media en blanco, prueba de que el expediente no fue devuelto para efectos de finiquito que indefectiblemente habría suscrito el general José Cornelio Muñoz.”

Fuente:

“Protocolo de mantecal”,
Eduardo Hernández Guevara,
páginas del 9 al 12

CAPÍTULO XXII

EN LA HEROICA BARINAS

“La vejez y las dificultades para viajar desde Mantecal a la distante ciudad de Bogotá, probablemente obligan al desvalido benefactor llanero a paralizar sus gestiones hasta el mes de marzo de 1829. En el citado año pudo trasladarse a la ciudad de Barinas, capital del Departamento Orinoco. Allí ratifica su pedimento asistido por el Fiscal Juan Bautista Olavide y el Gobernador Intendencial, teniente coronel José María Pulido, emite favorable resolución y le ordena a Muñoz que actúe en consecuencia. Regresa Ponte a la ciudad de Achaguas y el 29 de mayo de 1829, Olavide en una actuación referente al otrora dueño de una gran fortuna, entre otras consideraciones, dice: ‘Ha quedado reducido a la mendicidad’ ‘

“La resolución aprobada por el Gobernador Intendencial, por el Gobernador Subalterno de Apure y sustanciada con valiosos testimonios, incluso dos del general José Antonio Páez, es devuelta para tercera ratificación, ahora por ante el capitán de Caballería Don Vicente Enríquez, ---Corregidor del Cantón de Mantecal”

“El cumplimiento de mínimos detalles procesales no ha de tomarse como una maniobra dilatoria por parte de los funcionarios intervinientes. En este efectivo caso legal se pone de manifiesto la rectitud de aquellas autoridades que no se dejan influenciar por declaraciones de un testigo tan calificado como el general Páez, y ni siquiera por sentimientos de afecto que bien les merecía tan conocido compañero de sacrificio”

“Después de las declaraciones finales de Florentino Sandoval y Joaquín de León, en el original compulsado, a reglón seguido, quedó página y media en blanco, prueba de que el expediente no fue devuelto para efectos del finiquito que indefectible habría suscrito el general José Cornelio Muñoz.”

Fuente:

EDUARDO HERNANDEZ GUEVARA,

“Protocolo de Mantecal”

Páginas 10 y 11.

“Yo digo que, los llaneros en particular, como herederos de las glorias de los bravos centauros, estamos obligados a honrar la memoria del capitán Pablo Ponte, distinguido prócer de nuestra Independencia, cuya conducta ejemplar estimula y compromete a los venezolanos de todos los tiempos” Ibídem

“El documento antiguo que aquí hemos rescatado contiene declaraciones valederas que señalan a Pablo Ponte como a un líder ‘que alarmó a todos los vecinos de esta jurisdicción’, como a un precursor ‘que se mantuvo en armas hasta que llegó el ejército republicano a Guasqualito’” Ibídem

“Fueron herederos del capitán Pablo Ponte sus hijos Mariano e Isabel. Estos aparecen identificados como Aponte en una escritura otorgada por Mariano, ante el Juez Ordinario de Paz, en la Trinidad de Orichuna el día 30 de marzo de 1840. Dicha venta que se contrae a derechos heredados en los terrenos de Barreteras que pertenecieron al capitán Pablo “Aponte”, (5) finalmente fue protocolizada en Bruzual a principios de 1920. El vendedor que deja a salvo los derechos correspondientes a su difunta hermana Isabel, (6) se identifica como vecino de Mantecal y por ello es de presumir que fue en dicha jurisdicción donde vivió sus últimos años el venerable capitán Don Pablo Ponte, de quien el general

José Antonio Páez dijo lo siguiente: “Se le debe mucha parte de la conservación del ejército” y después de otros elogios, agrega: “Que por estas razones merece mil consideraciones del Gobierno a quien recomiendo altamente.”

En otra oportunidad, en Nueva York, escribió:

“Ellos – los apureños – habían puesto a disposición de la causa patriota sus haciendas y consagrado a su triunfo su valor indomable, pues en los territorios que baña el Apure, el número de sus héroes se contaba por el de sus habitantes. ¡Que buenos, que bravos eran!”

De la herencia solo se habla de un solo hato: Barreteras, - hoy con el nombre de El Cedral - ¿Qué pasó con los otros dos? Nosotros, más malintencionados que el poeta Hernández Guevara presumimos que dada la naturaleza de los nuevos integrantes de la mal sana nueva Oligarquía que acompañó a Páez, y en contra de la cual se alzó Zamora, no tiene nada de raro que alguno de ellos se las apropiara arbitrariamente como haberes militares; por lo que, “como una mano peluda”, haya obstaculizado el finiquito de las retribuciones a las que, por justicia, indiscutible, tenía derecho Don Pablo.

Mariano creció en Caracas. Su madre no regresó a Apure; se cree que haya muerto en la Emigración a Oriente. Don Pablo, es lógico, que debe haber tenido otros hijos con una de las heroínas de “su ejército”.

EPÍLOGO

MARIANO APONTE DE PONTE.

Mariano, definitivamente, se radicará en Barinas, al amparo de la familia Pulido, y la de los Concha, quienes ya lo habían ayudado, junto a su padre, con anterioridad. Sin olvidar el gran aprecio que le profesaría por siempre a su compadre el general José Cornelio Muñoz le inculcó a su descendencia esos sentimientos de agradecimiento.

Su hijo José Cornelio Aponte se casará con Claridad (Clara) Evangélica Linares, oriunda de Ciudad de Nutrias, bautizando a su primogénito con su mismo nombre: José Cornelio Aponte Linares. Repitiendo este lo mismo con su primer hijo, mi padre: José Cornelio Aponte Manríe, el tercero con el nombre, hijo de Escolástica Manríe Jiménez nacida en la vecina ciudad de Libertad.

Mi padre, claro que no rompería la tradición y nombró a su primer hijo, mi hermano: José Cornelio Aponte Pérez, quien murió de difteria a los cuatro años, en 1936. Mi madre, años después, provocando una acalorada discusión, ante el temor de que yo “muriese también, prematuramente”; y por encontrarse en el período de “la dulce espera” leyendo la novela “María”, del escritor colombiano Jorge Isaac, terminó imponiendo el nombre que ponerme, el del protagonista: Efraín.

Mi primer hijo, por supuesto, se llama José Cornelio Aponte Morillo; y su pequeño hijo, mi nieto: José Cornelio Aponte Méndez, el sexto con el nombre.

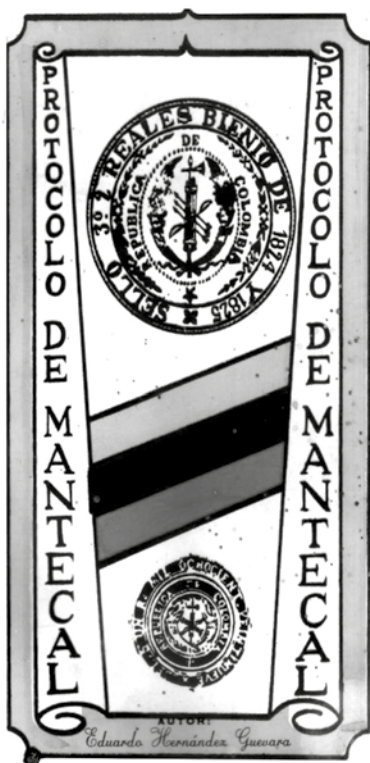
EFRAÍN APONTE PÉREZ

Guasdalito, 12 de octubre de 2022

A los 530 años del primer día de la Resistencia Indígena.

APÉNDICE I

Desagravio a los Ascendientes de Don Pablo



Efraín:

*He aquí el estandarte
que dibujó mi pluma
con la noble sangre
que corre por tus venas.*

Eduardo.

Guasdalito: 17-8-89.



FUENTE: Genealogista Salvador Romero Arreaza

José Saavedra Rodríguez, el 7 de enero de 2013, 10:40, escribió a sus parientes desconocidos y esparcidos por el mundo en relación a la obra: “El Tatarabuelo Gallego de El Libertador”

Estimado y lejano pariente, por la línea de los Ponte y Andrade debemos compartir antepasados comunes procedentes de la casa solariega de Santa María de Cutián.”

“El apellido Ponte seguramente tenga su origen por la ubicación de alguna familia que tenía su casa próxima a un puente, y sería conocida por sus vecinos por lo “da Ponte”, por lo tanto, podrían existir distintas familias, así llamadas.”

*“Algunas se encumbraron, como la casa de los **Aponte** del solar de Puentedeume, cuyo señor era Nuño Gil da Ponte, capitán en los reinados de **Fruela** y Alfonso II el Casto, año 744, que está enterrado en Padrón (?).”*

“En gallego, la palabra ‘puente’ es femenino y se escribe ‘ponte’”

Este es un tema oscuro, escabroso, que nos muestra el grado de maldad, infinita. de la que es capaz de alcanzar la mente humana: como la de gozar viendo como una fiera devora a un semejante; o crucificarlo y contemplar el espeluznante espectáculo de cómo los cuervos le sacan los ojos, aun moribundo; el de construir una

máquina para hacer del horrendo acto de la decapitación un hecho masivo, cotidiano y sin significación; o el de matar, en un segundo a centenares de miles de seres humanos, con una bomba nuclear.

Aunque no de tan gran magnitud, nuestro caso trata de un hecho malévolamente cometido cuando Venezuela era colonia de España, e inherente a la vida de Pablo Aponte: el Prócer Civil y Militar de nuestra Independencia; tema que no quería tratar en este libro, por la relación de su nombre con mi familia, aunque abarcaba, literariamente, gran parte de su Biografía.

Relación familiar, de la cual no estoy realmente convencido. De lo que si estoy seguro es que no la inventé yo. Y que la escuché, por primera vez, en el seno de mi familia, por boca de un primo mío, intelectual, llamado Tobías, quien se hizo en su ancianidad amigo del escritor Oldman Botello, quien la consideraba como una historia conservada por tradición oral, entre familias de Barinas, que, si eran nobles de verdad, cuya hidalguía como la de Cumaná era más genuina que la de Caracas; que les constaba, al parecer, el origen de don Pablo “con su piel tan blanca que se le podía ver su sangre azul”. Tema de conversación, mucho antes de que mi padre naciera. Incluso, Tobías, ya era mayor, cuando se enteró, con motivo de la boda de mi papá en Arauca, con una joven, hija de un hombre muy cerrado en esos temas, descendiente de los españoles fundadores de la región, y de Santiago Mujica, el hermano de Hermenegildo, también héroe de la Batalla de Boyacá, que se quedó en Arauca “y tuvo descendencia”.

En lo que a mí respecta, créanme, cuando les digo que, en la época de mi niñez, para nuestro nivel de conocimientos y mentalidad infantil no era ningún símbolo de estatus ser familia, por ejemplo, de Bolívar. Pues para nosotros se trataba que era solo una cuestión del apellido que nos correspondía como podía habernos tocado cualquier otro, Reflexionando en este instante, mientras

escribo estas líneas, la única explicación que se me ocurre era que se debía a que todos, en efecto, éramos descendientes de héroes.

Las que, si eran bien “taqui ti taqui”, por ese motivo, eran unas hermanas solteronas que tenía mi papa: “las Señoritas Aponte” que cuando se murieron las enterraron en urnas blancas. Que como no había reclinatorios comunes en la iglesia, tenían uno tapizado en terciopelo rojo, identificado con su nombre, en la primera fila, cerca al altar. El cual alcanzaban desde la puerta sin saludar a nadie. Yo era monaguillo y siempre me miraban como si siempre estuvieran regañándome. Cuando vivían en Arauca, huyendo de Gómez, eran íntimas, junto con mi tía Helena Mujica Pérez, de una señora de apellido Ponte (quizás de la línea de los Jaspe, que se radicaron en la Nueva Granada), reconociéndose como parientes, que estaba casada con un italiano de apellido Spositto.

Hoy, por el contrario, este tema, desde nuestra perspectiva, puede herir susceptibilidades sin necesidad; que, por lo anacrónico y extemporáneo, no vale ni la pena mencionar. Mucho menos cuando el fin de este libro, es el de referirse a la heroicidad y al patriotismo, en general. Como lo hace a lo largo de todo su desarrollo.

Al preguntarle a mi papá sobre el tema, yo tenía como nueve años, en lugar de contestarme, llamó a mi primo y le reclamó en estos términos, “me acuerdo clarito”: Déjate de estarle hablando de esa vaina a ese muchacho en esos términos, porque, si se le ocurre repetirlo, le van a coger rabia en la escuela”. Refiriéndose a lo que hoy llaman: Boulling.

Posteriormente, ya adulto, estudiante de Economía, en la UCAB, me daba la materia de Geografía Económica, el doctor Pascual Venegas Filardo quien tenía la costumbre de preguntarle a cada uno de los alumnos, de qué parte era, ufanándose que

conocía toda Venezuela. Cuando me tocó a mí, y escuchó mi apellido, me preguntó

— ¿Aponte? ¿De qué parte?

—De Barinas.

— ¿Seguro?

—Pues mi papá decía: “Soy zamorano, y de Libertad”

Pasado un tiempo, el ilustre maestro, me pregunta:

—La señorita Julia Aponte, de Libertad. ¿Era familia tuya?

—La hermana mayor de mi papá se llamaba Julia Aponte Manríe.

Tomó un lápiz y escribió en un papel; y dándomelo me dijo:

—Ahí está mi dirección quiero que me visite el sábado a las 3 PM.

Al acudir a la cita, en su casa de la Urbanización La Florida, me presentó su honorable madre. Yo, ya la había oído nombrar: doña María Filardo. Después de decirme que Julia Aponte había sido “Su mejor amiga”, volvería a escuchar, por segunda vez, la historia de Don Pablo, en su pausada prosa. ¡No la olvidaría jamás!

Esta vez, el prologuista de este ensayo, trae de nuevo esta historia a colación, por lo que se hace estrictamente necesario que me refiera a ella, en detalle, para dar a conocer aclaratorias surgidas a medida que los tiempos han transcurrido. Donde han aflorado verdades indiscutibles que explican lo que por largo tiempo se creyó inexplicable, pero que hoy, a raíz de la tecnología se ha logrado esclarecer totalmente.

Hechos muy dolorosos que infligieron dolor y sufrimientos a seres inocentes calumniados de la manera más vil y sin contemplación. Tan solo por envidia, despojándolos de sus derechos sociales como también de sus bienes materiales. Hasta el colmo de declararlos hijos de una esclava, sin ser verdad. Hecho que, por lo tanto, los convertía, en seres parias, sin ningún derecho

civil, en una sociedad tan sui géneris: “es esclavo, el que nace de vientre esclavo.”

Uno de los nobles ibéricos más connotados que estuvieran, en el siglo XVII, en América, fue el patricio Don Francisco Marín de Narváez, nada menos descendiente del Rey Fernando III, por lo tanto, de Cristina Rodríguez, la madre del Rey de Pamplona, e hija del Cid y Jimena Díaz de Vivar. La famosa Doña Jimena, Princesa de Asturias, y bisnieta del Rey Alfonso V de León. Lo que ponía a toda su descendencia en la línea de sucesión,

Don Francisco Marín y Narváez, antes de morir, en España, dejó todos sus bienes en la Capitanía General de Venezuela: unas minas de cobre en Aroa, gran parte de la costa de Venezuela en el Mar de las Antillas, que era parte de una Encomienda con lógicas interrupciones, entre la Boca de Aroa, en Yaracuy, hasta la bahía de Barlovento en la desembocadura del Tuy; – como en el llano: “Hasta donde la vista alcance” - Toda la manzana diagonal a la Plaza Mayor de Caracas, desde el Palacio Arzobispal hasta la Plaza de San Jacinto; un gran hato ganadero, medido en leguas de sabanas, en la Provincia de Barinas, entre el río Apure y el río Arauca; a “una hija natural” “nombrada Josefa de edad de cinco a seis años, a la cual hube doncella principal cuyo nombre cayo por su decencia” {...} “y que se está criando por mi orden en casa del Señor Capitán Gonzalo Marín Granizo, mi tío y mi hermana doña María Marín la conoce” . Nombrándole de tutor, en ese mismo acto, a Pedro Jaspe de Montenegro, Alcalde y regidor de Caracas, gobernador y Capitán General interino de la Provincia de Venezuela.

¡Más vale que no! Se formó el **gran samplegorio**. Aquello era demasiado, para un Mantuanaje con más ínfulas que riquezas. Como la niña era de “madre desconocida”, en el paroxismo del chismorreó y el cuchicheo, se inventaron que era mestiza, “impura

de sangre”. Hija de una india, “por los lados de Aroa, llamada Acarantay, descendiente del indio Guaicaipuro”.

Aquello tuvo viso de lo más escandaloso, pasando a la historia con el nombre de “El Nudo de la Marín”. Hoy se sabe, a ciencia cierta, sin lugar a dudas, que su madre fue una gran dama de la sociedad caraqueña de aquella época: como dirían los afectados “realeros”, monárquicos, de hoy, una verdadera dama antañona.

Pero eso no quedó hasta ahí. Fue solo el comienzo...

El regidor, gallego de origen, hace traer un sobrino Pedro de Ponte Jaspe y Montenegro, de A Coruña y lo casa con Josefa María, preadolescente, sumiéndola en la historia más triste que mujer alguna tuvo en esa Caracas de entonces. Murió a los veinticuatro años y tuvo siete hijos, de los cuales, dos, “nacieron en un mismo año”.

De sus siete hijos, cinco fueron hembras y dos varones: el primero fue un varón, Pedro Domingo de Ponte y Marín, heredero, por tanto, de todos sus títulos nobiliarios y de, casi toda, su fortuna, convirtiéndose, a su muerte, en el hombre más poderoso de la Provincia, que manda a construir una capilla en la catedral de Caracas donde hoy reposan sus restos, junto con los de los padres del Libertador y dos de sus hijos. La segunda, primera de las hembras, fue María Petronila de Ponte y Marín, que se casaría con Juan Vicente de Bolívar y Villegas, futura abuela del Libertador. La segunda, su hermana María Josefa, que se metió a monja.

En aquel tiempo, los españoles, indianos, viajaban a la Metrópolis, con más frecuencia que la que podemos imaginar.

En uno de esos viajes, el magnate y gentil hombre Don Pedro Domingo de Ponte y Marín de Narváez, se enamora de una prima llamada Lorenza María, pariente por el lado de una de las hermanas de su tatarabuela, que se llamaba Inés, e hija de Don

Nuño da Ponte y Andrade, quien lo sigue a Venezuela, donde se pone a vivir en concubinato con él, en el más completo secreto.

En ese tiempo la iglesia católica prohibía, rotundamente la relación marital entre primos lo que consideraba una unión incestuosa.

Pedro Domingo era la referencia moral de la sociedad de la época. Terminaba la Iglesia de la Santísima Trinidad, hoy el Panteón Nacional, que había empezado a construir su padre. Su tío era Arzobispo de Caracas; y su hermana que se había metido a monja, había traspasado toda su fortuna a nombre de la iglesia, con gran figuración.

Con su concubina “enclaustrada”, nada raro para la época, vivía en completa armonía, en completo aislamiento del resto de la sociedad. Con sus hijos, aunque bastardos, que llevaban su mismo apellido. Lo cual no tenía nada de extraordinario para la demás gente que miraba para otro lado.

¡Fin de Mundo! Pedro Domingo, en *Artículos Mortis*, se casa con su prima.

El pandemónium es inenarrable. El otro varón al no heredar, a Petronila, la mayor, le corresponderían todos los derechos.

Su esposa nadie sabe ni cómo se llama. Sus hijos dicen que su nombre es Lorenza María, y de apellido “da Ponte y Andrade”; sin saber que se escribía: “D’Aponte y Andrade”; ni que su padre se apellidaba “de Ponte y Marín”, hijo de un “de Ponte y Jaspe” y nieto de un “de Ponte y Andrade”: “El Tatarabuelo Gallego del Libertador”.

— ¿Qué hacer?

— ¡Abolir los derechos de los hijos!

Al no existir ningún registro en ningún libro. Ni en el de negros, ni en el de blancos, la Iglesia se va por lo más fácil: y la declara “Negra de Calidad”. Hasta algunos interesados llegaron

a afirmar que era hija de una esclava “de la Casa del Conde de Villegas”. Sin que existiera éste, ni la tal Casa.

La Inquisición asegurará que la aclaratoria de un juicio como éste durará “No menos de un Siglo”. Y así fue, a finales del siglo XVIII, por fin, los legítimos herederos de Pedro Domingo de Ponte y Marín se les reconocerían sus derechos y se les entregarían algunos de los bienes que por derecho indiscutible les correspondían.

Algunos de los mantuanos eran malos: ¡muy malos! “Más malucos que guarda jumo” diría mi papá. Don Pablo no los perdonaría jamás. Al saber de sus pretensiones de quedarse con la colonia de España los enfrentó, junto a otros, y los derrotó... Promovió una cruzada para recuperar la Patria desde el sur, cuyo desarrollo y triunfo, nosotros llamamos hoy: LA RUTA DE LOS CENTAUROS. Mientras, simultáneamente, el CENTAURO MAYOR, después de entender, de los labios de Petión, la verdadera esencia de la lucha para la liberación de su patria, y el cómo la podía lograr. Le jura decretar la abolición de la esclavitud al no más pisar suelo venezolano, condición necesaria para obtener su ayuda, y emprende su RUTA, final y definitiva, desde los Cayos de San Luis, en Haití.

Como vemos, no creemos que sería de algún interés para don Pablo el de aclarar lo relacionado con su abolengo colonial. Como si lo sería el verdadero punto que si es necesario e importante aclarar: ¿Por qué se oculta un hecho tan transcendental, como el de haber dado todo su inmenso patrimonio, a la causa de la Independencia? Hasta sus esclavos, hecho éste que demuestra que tanto su mujer como él eran nobles, con autorización de poseer esclavos, heredados de sus progenitores, - la historiografía destaca dos de ellos: una hembra llamada Rosa Mirabal, con descendencia en San Fernando; y un varón llamado Lucio Barreto, con descendencia en Tinaquillo – Y que incluso Páez,

lo haya ocultado, en su biografía, escrita cuando ya era un ilustrado ensayista, después de haber sido recibido por la ciudad de Nueva York, en su Quinta Avenida, con el boato mismo con el que los romanos recibían al Cesar deificado y triunfante, con un sacerdote montado a su lado en la auriga, susurrándole al oído: “Recuerda que eres un mortal”

Así pues, lo que, si pretendemos resaltar en este libro, es el de hacer hincapié en perpetuar la RUTA que como un viacrucis siguiera este centauro, junto con los otros próceres, ¡para darnos la Libertad!

Un buen día de la penúltima década del siglo XX, se presentó en el lobby de mi hotel el cronista e historiador Eduardo Hernández Guevara, pidiéndome que convocara a mi esposa, junto a nuestros pequeños hijos; y entregándome un libro, me dice solemnemente: recibe este libro como el presente de un genuino Barinés para que compartas su contenido con estos niños.

Más recientemente, comenzando la segunda década del siglo XXI, hubo una reunión de escritores colombianos y venezolanos, en Guasualito; y la oradora de orden sorprendentemente me citó diciendo: “Aquí se encuentra con nosotros un descendiente de los Ponte de Caracas, pero que Páez le cambió el apellido a su tatarabuelo cuando dijo: “Dejé a Ponte” a cargo del ejército en Achaguas, lo que interpretaron el resto de los presentes como que hubiese dicho: “dejé Aponte...” El insigne escritor barinés José León Tapia, quien se encontraba presente, en seguida se me acerca y me dice:

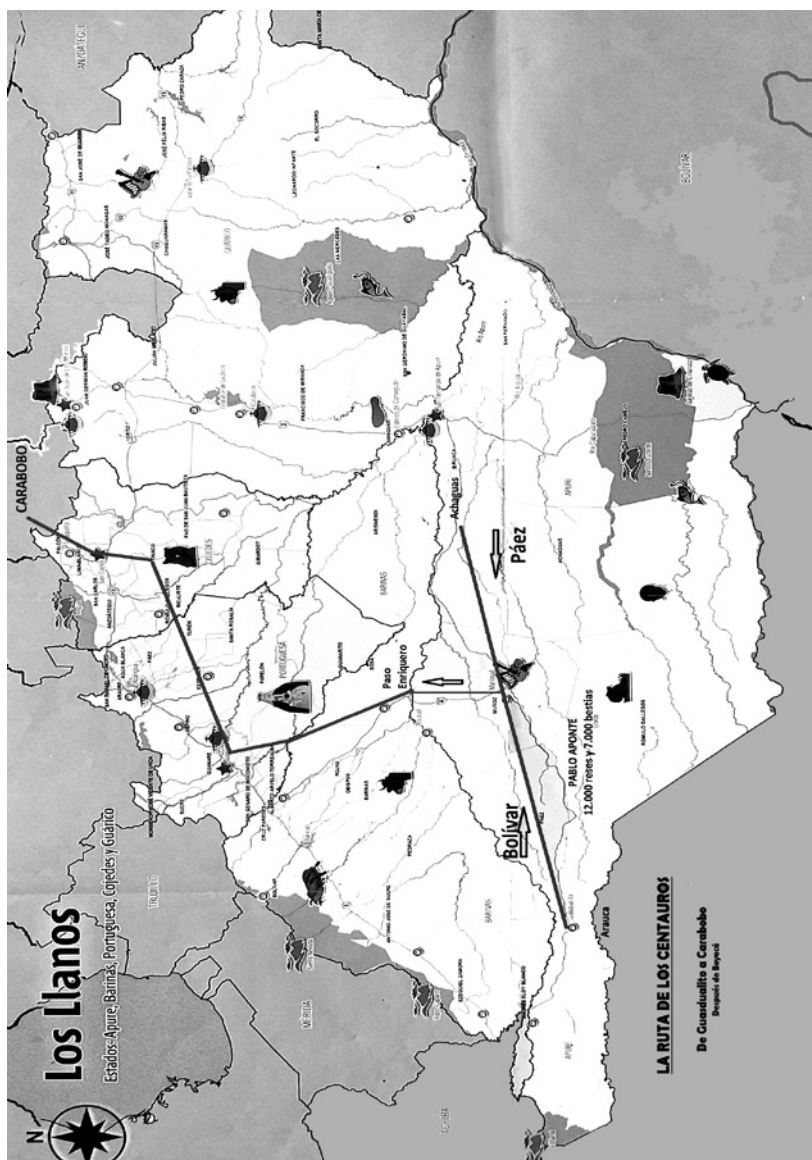
“Eso, no es rigurosamente cierto, mi próximo libro va ser la biografía de Don Pablo, pero quiero que me ayudes con los datos familiares que tu tengas. Cuando te desocupes me llamas.”

Al mes lo llamé y me dijeron que tenía una semana de haber muerto.

No hay cosa más difícil para un escritor, como tú lo sabes, la de escribir sobre sí mismo. Por lo tanto, amigo AME esta debe tomarse como una forzada referencia que hago a la historia de aquella Provincia de Barinas a la cual, todo apunta estoy, supuestamente, ligado: a la Barinas española, cuyos límites se extendían más allá del Meta; del “...más allá, del más nunca...”. La heroica Barinas colonial, que una vez liberada se le cambió el nombre por el de Apure, en honor a sus libertadores. Intrahistoria, con sus fábulas y leyendas, que para mí fortuna me coloca, inmerecidamente, en la honrosa categoría de uno de aquellos Pardos. Como descendiente de una esclava, tanto como de una reina.

EFRAÍN APONTE PÉREZ
Caracas, 22 de octubre de 2023

APÉNDICE 2



La ruta de los centauros

Fundación Editorial El perro y la rana
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela 1010.
Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

atencionalescritorfepr@gmail.com
comunicacionesperroyrana@gmail.com

www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Facebook: El perro y la rana
Twitter / X: @elperroylarana
Instagram: @perroylarana
Threads: @perroylarana
YouTube: ElperroylaranaTV

La ruta de los centauros
Digital
Fundación Editorial El perro y la rana
Caracas, Venezuela,
abril de 2024





La Ruta de los Centauros

Es en cierta medida un libro híbrido. Y es, en toda la extensión de la palabra, un libro fascinante. Es el cantar de gesta de una épica, pero también un hallazgo de arqueología simbólica y emocional de lo que ha significado nuestra gesta independentista. Es también una pesquisa familiar para dar con las raíces y la esencia de lo que somos. Indudablemente, que este libro servirá para acercarse un poco más a esa estirpe de hombres y mujeres que construyeron una patria, cabalgando en el lomo indómito de la libertad. Sirva esta lectura para sentirnos más cerca de esa épica que se gestó en la explanada de Apure, pero también en la voluntad de una gente bravía que construyó un país a pulso.

EFRAÍN APONTE (Guasdalito, estado Apure, Venezuela, 1940)

Egresado de la facultad de Economía de la Universidad Santa María. Paralelamente, estudió en las escuelas internacionales de IBM, de donde egresó como Ingeniero de Sistemas. Realizó estudios de postgrado en el Centro de Investigaciones Científicas AMD, de la IBM World Trade Corporation en Raleigh, Carolina del Norte; y en la Escuela de postgrado de Economía de la North Carolina State University. Como Ingeniero de Sistemas, fue el primero de habla hispana, en usar un computador, un PC, en su escritorio. Fue parte del *staff* de Economistas de la IBM. Fue columnista del diario

El Universal de Caracas. Es autor de la novela histórica *Mata e' Caña*. Y de los libros *Análisis Socio-político de las dos primeras décadas del siglo XXI* y *El Realismo Real, I Parte*.



**Gobierno Bolivariano
de Venezuela**

Ministerio del Poder Popular
para la Cultura

